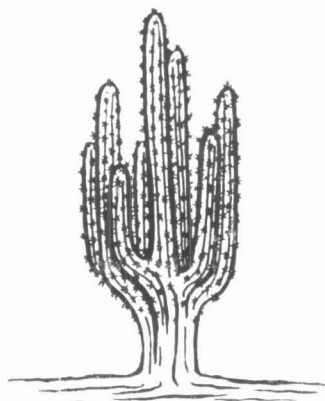


JESUS MEDINA ROMERO

Páginas escogidas

SELECCION DEL AUTOR



Toro, Artista, D.

C A C T V S

8

UNIVERSIDAD AUTONOMA DE SAN LUIS POTOSI

JESUS MEDINA ROMERO
Páginas escogidas

JESUS MEDINA ROMERO

Páginas escogidas

SELECCIÓN DEL AUTOR

C A C T V S

8

UNIVERSIDAD AUTONOMA DE SAN LUIS POTOSI

ISBN-968-6194-02-9

COLECCION COMPLETA

ISBN-968-6194-33-8

0220-91024-A0031

Derechos reservados conforme a la ley

© 1991 Universidad Autónoma de San Luis Potosí

Editorial Universitaria Potosina

JESUS MEDINA ROMERO

NACIÓ en Ibarra, Gto., el 8 de enero de 1921. Desde niño radica en la ciudad de San Luis Potosí, en cuya Universidad cursó la carrera de Licenciado en Derecho.

En esa Casa de Estudios fundó y dirigió las revistas de cultura Aula y Cuadrante, así como la Biblioteca de escritores potosinos y la Colección CACTVS. Durante veinte años fue Director de la Editorial Universitaria Potosina y ahora es miembro del Consejo Editorial.

Fue profesor de Literatura Española en la Escuela Normal del Estado, en la Preparatoria y en la Facultad de Humanidades de la Universidad.

Ha publicado, en la capital potosina, los siguientes libros: De poesía: El día sonoro, 1943; Poemas terrenales, 1948; Cuatro elegías, 1950; Sonetos de amor integral, 1951, y Del sauce talado, 1970. De crítica literaria: Antología de poetas potosinos contemporáneos, 1953. De estampas: Evocaciones de Quintín Paredes, 1961. De arte e historia: Viñetas Potosinas, 2 tomos, 1988, y Anecdotario potosino, 1989.

Cuadernos Americanos le publicó su más reciente libro de poesía: Orfeo 71, México, 1973, y tiene en proceso de publicación un libro de cuentos que lleva por nombre Los bienaventurados.

Ha sido colaborador en revistas y en periódicos de la capital de la república, como Cuadernos americanos y el Suplemento de El Nacional, y ha sustentado conferencias, pronunciado discursos y ofrecido recitales de su obra poética en diversas instituciones culturales del país, incluida la Sala "Manuel M. Ponce" del Palacio de Bellas Artes; en Texas, en España, en Canadá y por distintos canales de la televisión mexicana.

Su ficha bibliográfica figura en el Diccionario de Escritores Mexicanos, publicado por la Universidad Nacional, así como en la Enciclopedia de México y en otras publicaciones bibliográficas nacionales.

En la vida pública ha sido dos veces Diputado al Congreso de la Unión, dos Oficial Mayor de Gobierno, una Oficial Mayor del Congreso del Estado y una diputado al mismo Congreso.

Fue Presidente del Patronato Potosino de Televisión Rural de México y es Presidente de la Junta de Nomenclatura Municipal y Vicepresidente de la Academia Potosina de Ciencias y de Artes, con sede en la capital de la república.

Fue durante dos años Director de la Escuela Normal del Estado y es Cronista Vitalicio de la Ciudad de San Luis Potosí. Está jubilado como Director de la Escuela Normal.

P O E S I A

BALADA

SE ASOMO a la vida
por la noche oscura
la hora niña.

Agitó en el silencio
la sonaja más negra
de los vientos.

Su luz arrojó a los muros
los pavores espectrales
de los búhos.

Desde los árboles del huerto
voló murciélagos de sombra
sobre el sueño.

Y su voz en la noche fue un loco
alarido de luna caída
en el pozo.

NOCTURNO

ESTA NOCHE me invade
la ausencia de tus hombros.
Vuelve a surgir tu nombre:
el silencio de olmo
de tu nombre, aprendido
no sé cuándo ni cómo.
Esa noche de junio,
más que amor, sentí asombro:
mi voz calló en el viento;
y esta noche de otoño
tengo voz, y me falta
el viento de tus hombros.
Sin embargo, esta noche
que ausente estás del todo,
tu recuerdo es más suave,
más preciso, más hondo.
Mañana, cuando inicies
hacia mí tu retorno,
y termine esta noche
que me abisma los ojos,

al vaciarse las horas
sobre tu ágil contorno,
traerás la tarde clara
derramada en los hombros.

UN POEMA DE OTOÑO

EL OTOÑO regaba por el suelo
la plata de los álamos,
y dejaba a las rosas sin contorno
en la inútil constancia de sus tallos. . .
¡Para saberlo antes! . . .
¡Para haberlo sabido aquel verano! . . .

OTRO POEMA DE OTOÑO

EL OTOÑO venía por los caminos
deshojando los árboles. . .
¡Ay! en el jardín viejo
las manos del otoño por el aire
bajo el cielo pintaban
de amarillo el silencio de la tarde,
y el agua de las fuentes en la muerta
blancura de los mármoles.
Mi corazón quedó desnudo y frío
en la última rama de los sauces.

DOS ROMANCES MENORES

VENIA sola en el aire,
mecida nube opresa,
y el agua de sus poros
se derramó en la tierra
salobre de mi pecho,
igual que en una yedra
se vierte todo el llanto
de la mañana nueva.
Al mojarme su lluvia
su sangre quedó presa
como una luz de hilos
en mis oscuras venas.
Dentro de mí por siempre
filtrada toda ella,
me saturaba el viento
con olor de azucenas,
y al sembrarse en mí mismo,
alta rosa de seda,
cerró en mi piel los labios
de dulce llaga abierta.

LA SOMBRA apenas siente
mis ojos encendidos;
la sangre sube a ellos
como el agua de un río,
y se dispersa en llanto
que moja y pule un grito.
Quedó mi piel intacta;
mi corazón vacío;
la forma de mi cuerpo
convirtiéndose en un pino
al viento macerado
y en la noche perdido.
Mis párpados se cierran
y mis labios lo mismo.
Hay en el aire un vuelo
que me hierde de lirios,
y en el dolor hay algo
que me ciñe de olvido,
mientras rojo en mis sienas
late mi pulso vivo.

SONETO

¡OH LA INMÓVIL mudanza de las cosas!
Ayer yo solo, en vegetal conciencia,
era el árbol de pródiga presencia
que alzaba al sol sus ramas espaciosas.

Hoy, del río creciente de las fosas
que acaso yo cavé, se alza mi esencia
como sombra de un huésped de la ausencia:
vertical sobre el cambio de las cosas.

Antes, viviendo con lo que era mío
y ausente siempre del extraño freno
formó su propio mundo mi albedrío;

y ahora, en el espanto del vacío,
presente estoy con lo que me es ajeno
y olvidado con todo lo que es mío.

LA NORIA

HAY EN la rústica heredad, latiendo,
una noria pretérita, castiza,
que por la verde sed de la hortaliza
sus tesoros azules va vertiendo.

Cuando los cangilones van urdiendo
el agua circular, lenta, sin prisa,
el pulso de la noria se eterniza
en seres vegetales persistiendo.

De barro yo, como ella, ¡qué distintos
cuando su agua a mi sangre se compara!
Si ella revive sauces y jacintos,

mi corazón terreno — fuente o fosa—
no manó ningún hilo que alcanzara
a prolongar el ser de aquella rosa.

DECIMAS DE LOS SENTIDOS

VER EL iris que al espacio
semicircula de luces
cromáticas, y las cruces
estelares de topacio.
Mirar en el aire lacio
dilatada transparencia,
y esperar que en esta ausencia
poblada de ansias febriles
amanezcan los perfiles
azules de tu presencia.

OÍR EL sonado viento
de los álamos fluviales
y los tumbos espirales
del mar contra el firmamento.
Escuchar el verde acento
de la fronda pajarera,
y soñar con la parlera
cascada que cristaliza
en la matutina risa
de tu voz cascabelera.

OLER LOS hervores puros
de la tierra tras la lluvia,
la estival esfera rubia
de los membrillos maduros.
Aspirar de los oscuros
cedros el ámbar herido,
y notar que se han vertido
los aromas del paisaje
en el mínimo bosque
de tu pelo florecido.

GUSTAR el agua serrana
con sabrosura de almíbar,
el hilo cruel del acíbar,
la carne de la manzana.
Beber la fruta que mana
las acideces del vino,
y quedar con el salino
regusto de tus sabores,
brotados de los albores
de tu cuerpo submarino.

TOCAR las rosas que crecen
entre su ritmo de espinas
y las nieves opalinas
que las yemas entumescen.
Palpar las redes que mecen
en la espuma su aspereza,

y lograr la alta sorpresa
de que en el cauce olvidado
del tacto desamparado
quede tu figura presa.

SEGUNDA ELEGIA

PENSAR en ti, ahora
que no se tiene vida para pensar en nada,
ahora, en este sitio de la tarde,
cuando el espejo amargo de la lluvia
se quiebra en el silencio,
porque su agua no acierta a devolver
tu imagen a mis ojos extasiados
de llevarla grabada en sus tensas retinas;
pensar en ti, ahora
en que las espirales de mi tacto
giran sin encontrar
el centro de sus órbitas,
y mis manos se alargan para alcanzar las tuyas,
y mis labios se abren para decir tu nombre,
aunque tus manos sean espigas en el cielo
y tu nombre no tenga el sabor de la tierra;
pensar en ti, sin verte,
sin sentirte latiendo
igual que rosa roja entre la brisa,
sin hallarte en la nube que me inunda
como al pájaro ciego en los surcos del aire,
sin hallarte crecida

bajo la fronda inútil de los árboles
pronunciando la frase deseada;
pensar en ti, así,
es un cerrar los ojos a la luz,
a la luz espacial que no te tiene,
y recordarte intacta, estrella pura,
inalcanzable y sola, luna alta,
en tanto que en la tierra descendida
crecen mis brazos, ramas en la atmósfera turbia,
y se abren en ella sus dos lirios de sombra.

Y yo sigo esperándote,
y yo estoy esperándote como el mar a los ríos,
para que tú me mojes de dulzura los labios,
para que tú me unjas de luz blanca las sienes,
y para que en mi tacto quede tu cuerpo dulce,
alegría de un lago en la tierra salobre;
y yo estoy esperándote, sabiendo
que nunca llegarás al ansia reprimida,
al deseo que triza la flor entre las manos,
y aún así te espero tal el árbol al fruto,
o al trigo dorado la tierra laborable
y mi sed crece en busca de tu pelo selvático
y del agua obsesiva de tus poros;
así te espero, amada,
así te espero aquí,
en este mismo sitio donde tu lengua breve
dejó de saturar de fresca savia
la palabra inconclusa de mi nombre,
en este sitio amargo
donde la tarde, en rictus conmovido,

junta los labios y los ojos abre
para llorar el llanto de la lluvia,
que ya en mi corazón es catarata
de sangre helada que llenó mis venas
y mis entrañas de dolor vacío,
porque ya no hay costado que me duela más dentro
que ese costado tuyo que me falta esta tarde;
así te espero, y así me pregunto:
¿qué fuera verte ahora
quebrando tus miradas encendidas
al brillo inevitable de unos ojos,
y qué fuera besarte
como el viento a la piedra inmovible,
sin que el beso sintiera bajo su ascua
el temblor de un perfil estremecido
por la braza madura de la sangre?

Contigo siempre, ahora,
ahora y siempre contigo,
porque yo sé que nunca volarás a otra estrella,
que estás unida a mí,
como el otoño lánguido, amarillo,
a las últimas hojas de los árboles;
por eso, aunque no vengas, irás conmigo siempre,
conmigo irás bajo la lluvia gris
caminando entre tumbas y rosales,
bajo lunas agudas hechas lenguas de fuego
y bajo estrellas duras como agujas de escarcha,
en el día y en la noche,
con el sol en los hombros, con la sombra en los labios,
camino del silencio decisivo;

conmigo irás, amada,
mientras crezca el dolor en nuestra piel
y nuestros huesos tengan que esperar
bajo el salado pliego de la carne,
la hora que los redima de la oscura
galera en que se mueven,
para dejar su luz dispersa en alas
fosfóreas de luciérnagas
al volar sobre flores sepulcrales;
pero ampárame siempre,
límitame a tu nombre,
a la ruta segura de tus pasos,
cíñeme al vegetal
acento de tu risa,
que este rumor de pájaros y hojas
sea el derrame pluvial de tus palabras,
y esta lluvia constante que por mi piel se filtra
seas tú misma volcada sobre mi soledad.

TERCERA ELEGIA

CUANDO el agua más viva de tu voz
moje el cristal de mi silencio amargo
y su acento estremezca
las vírgenes corolas de estas flores tardías,
haciendo que las gotas
que humedecen el tiempo de sus cálices
caigan lo mismo que una lluvia mínima
sobre la tierra firme,
sobre la tierra dulce
de donde vine y hacia donde iré. . .

Cuando la sombra errátil, intangible,
de tus miradas ciertas,
cuando el color de noche constelada
de tus miradas cósmicas
perfilen de reflejos
la soledad concreta de mis manos,
mis manos advertidas
en la penumbra de tus ojos graves. . .

Cuando las plantas tuyas
pisen la arena gris y abandonada
de este huerto sin vida,

a donde las ausencias de los pájaros
no tuvieron retorno,
y tus pies que no pesan sobre sus pasos idos
hagan crujir y animen
el descanso caído de las hojas,
las hojas mustias de mi primavera,
la primavera mía
pródiga al abandono de sus rosas exactas. . .

Cuando tu cabellera tenebrosa
lo mismo que una malla de gemidos,
o un gajo de sombra atormentada,
donde dijeron nardos y jazmines el turbio
sollozò vegetal de su aroma tronchado,
la flor martirizada de sus luceros limpios,
se desate en silencio sobre esta soledad
y tus cabellos sean hilos balsámicos
que sequen la amargura derramada
de las terrenas fuentes
de mis heridas puras. . .

Cuando por el camino donde vayas
presientas el desmayo de la luna caliza,
alargando las sombras de los árboles
y tornando de fósforo las piedras
como mis huesos sin materia mórbida,
y sola te des cuenta de la inutilidad
abierta y dolorosa de mis miembros. . .

Cuando mi nombre vivo, para ti impronunciable,
lo sature tu lengua por decirlo
atormentadamente

entre el filo nevado de tus dientes intactos,
y el signo doloroso que me denuncia a ti
salga del calor suave de tu aliento frutal
y se vuelva una voz incontestada
en el oscuro frío de la noche suspensa,
entonces sí, entonces
sabrás aquellas cosas que no supiste antes.

Pero ya no seremos de la misma sustancia:
yo ya no tendré forma, pero estaré presente
lloviendo en el vapor de mis cenizas,
oliendo a rosas secas en las rachas del aire,
sabiendo a sal disuelta en las brisas nocturnas.

Estaré tan ausente como después de mi éxodo
y tan inmaterial como antes de mi sitio
en la luz del presente,
mientras que tú continuarás idéntica,
compacta y elusiva para esquivar lo abstracto,
crüel e inacabable
para los otros seres inferiores
que a ti llegaron sólo para hallar lo infinito.

Entonces sí, entonces
quizás estés erguida sobre mi forma muerta,
quizás tu peso crezca sobre mi corazón
sembrando sus raíces
en mi carne dispersa,
fino tallo de rosas llovedizas

de su luz sin espinas sobre el silencio claro
de mi cuerpo sin sombra.

Mas será todo inútil, porque en los nuevos días
no llenaré ya espacio para subir al tiempo.

SONETO DE LA ROSA ROJA

UNA ROSA en la luz deshilvanada,
un rubí circundado de platino,
en clara copa el corazón del vino,
en la nieve caída una granada.

Una manzana púber escarchada,
una inicial de púrpura en el lino,
brasa en humo de incienso serpentino,
herida en epidermis satinada.

En torno de la rosa el blanco crece;
no dicen su matiz las camelinas
ni el profundo coral del océano.

Mas de pronto la rosa palidece
al tejer una red con sus espinas
y su sangre fluvial sobre mi mano.

SONETO EN TONO GRIS

EN LA MARINA soledad del puerto
¡qué placidez el corazón exhala!
Ante el ojo bajel que el aire cala,
abierta la llanura; el mar, abierto.

Bajo un cielo de nubes encubierto
la gaviota cordial repliega el ala,
y una línea de espuma le señala
el límite del mar y del desierto.

En la móvil pizarra del oleaje
y en las rocas calcáreas el paisaje
muestra su entonación de pardos flojos;

pero las grises olas y las piedras
se me cubren de pájaros y yedras
por la celeste magia de unos ojos.

SONETO EN GUALDA Y VERDE

ARDE VIVA la llama de un canario
en un cedro de virgen espesura,
y el estival membrillo se madura
en el arbusto de vellón sumario.

Un girasol de ámbar funerario
sobre un gozo de trébol se inaugura,
y la perla lunar brota a la altura
desde el flotante liquen de un acuario.

Así me queda el mundo, colorido
de gualda y verde en lo que el ojo alcanza,
topacio en duro jade florecido;

y así me queda el sol de tu tardanza
sobre oscura campiña suspendido,
faro despierto en mares de bonanza.

SONETO DE LUZ Y SOMBRA

LA ROSA sobre el vaso de agua pura
amanece sus líneas espirales;
cuadrante de las horas vegetales,
en el tiempo la luz la configura.

Presencia la dimensión de tu hermosura
en un pulido prisma de cristales,
la luz de los espejos matinales
repite tu color y tu figura.

Así rosa y mujer, cutis de seda,
forman hasta los oros del ocaso
síntesis de colores y reflejos;

pero se va la luz y sólo queda
un gajo gris de sombra sobre el vaso
y tu imagen nublada en los espejos.

POEMA EN TONO MAYOR
AL PADRE HIDALGO

DECIR Hidalgo es decir patria, terruño,
y palpar a dos manos la heredad laboriosa;
decir Hidalgo es poner timón al viento
y llevarlo esparciendo girasoles de pólvora.

Es abrir las compuertas al agua retenida
que salta por los cauces y por fin se desborda;
es anunciar al mundo la mañana de un pueblo
con repique de yunques y cántico de alondras.

Hidalgo es el fantasma de nuestros campanarios
que enciende una girándula y una campana toca;
es la mano hortelana del héroe que abrió un día
entre lirios morados una azucena roja.

Por él la patria joven, libre de ligaduras,
dio a la sed del esclavo senos como magnolias,
y miró hacia el destino con sus ojos lacustres
sacudiendo en el aire sus crenchas de caoba.

Mexicanos lo vieron al filo del otoño
avanzar con los suyos por la tierra espaciosa;

españoles lo vieron en su pequeña cárcel
por diez años dormido y con su muerte a solas.

Mas no bastó la muerte para destruir al hombre
ni el haber desgajado sus arterias más hondas;
que su grito guerrero se dilata en el tiempo
y en árboles y piedras reverdece su sombra.

Hidalgo está en el cielo conmovido de Anáhuac
adonde sólo suben banderas y palomas;
Hidalgo está en la tierra dolorida de Anáhuac
adonde sólo baja la raíz de las rosas.

Es su sangre la ruta luminosa del día
ardiendo en los trigales sus vivas amapolas;
son sus huesos las lámparas que iluminan la noche
con las luces azules de sus yedras fosfóricas.

Aún entre las ramas de moreras y vides
sus manos de ceniza los racimos empolvan,
y en las rubias tinajas de sus alfarerías
vierten espejos de agua cristalina de noria.

Vive Hidalgo en nosotros: su presencia es la nube;
la libertad su culto; México su parroquia;
ya los ojos lo saben como cifra en el tiempo,
y el corazón lo siente como estrella en la sombra.

RETORNO

DE TUS flores, amor, de sus corolas
y su líquida luz, la noche albea;
la espuma de las horas, la marea
del tiempo, te levanta en rubias olas.

Una sangre poblada de amapolas
bajo mi piel reverdecida ondea,
y un agua vegetal que te rodea
soy otra vez, amor, contigo a solas.

El álamo mecido de la plaza,
voces de verde música reparte,
entre las que tu nombre se adelgaza;
y el viento en luces gualdas te deslía
cuando vuelves, amor, a derramarte
sobre mis manos muertas de alegría.

BESO TOTAL

SUS CABELLOS llovidos sobre el codo,
y el dulce muslo de satín, urgente;
Amapola, feliz, dobla la frente
bajo la luz de un sauce del recodo.

La atmósfera sensual trasciende a yodo
como brisa de mar. La adolescente,
en su carne frutal, mezclarse siente
la tierra, el agua, el aire, el fuego, todo.

La saliva le fluye por la zanja
labial, mientras la sed ácida sueña
con el rubio licor de una naranja.

Cierra, por fin, los párpados morados,
en tanto que su beso se despeña
de incisivos marfiles deshelados.

MARCIA-FLORIDA

MARCIA FLORES junto a los emparrados
de sus huertas natales florecía;
cazadora del viento, amiga mía,
tras el arco los ojos azorados.

Por caminos de sauces enfilados
mi corazón ardiendo la seguía,
y el campo de sus ojos verdecía
de maduros perones inviolados.

Marcia-Florida, flor de mi suspiro,
para quemar tus formas, neurastenia
de amor hizo caer sedas y tules.

Hoy, si cierro los ojos, sólo miro
nevarse tus contornos de gardenia
en la noche de mármoles azules.

CAMINO DE TU AUSENCIA. . .

CAMINO de tu ausencia, en el insomnio,
mi corazón alado fue contigo
por los campos en flor. Alta la noche,
los sauces de la pena lo guiaron
a la estrella polar de tu hermosura.
Han pasado rebaños por el puente,
agua mansa, dormida, lleva el río,
las álamos verdecen hojas nuevas
y las nubes de junio se deslían.
No, no es verdad que el tiempo y la distancia
reverdezcan el árbol del olvido;
yo te siento doler en mi epidermis,
alta rosa de sangre descubierta,
y cumplo la agonía de esperarte
como espera el pastor la madrugada.
Si yo pudiese detener el día
para no ver tus luces invasoras,
si tu luz en la noche no creciera
como un astro terrible, inalcanzable,
con una voz más pura te llamara.
Pero habitas en todo lo que toco,
en las hojas caídas, en las piedras.

en las lunas trizadas de mis huesos.
La mínima galaxia de tus cosas,
el mundo que creaste en torno mío,
rueda en el tiempo mudo de presagios;
soy el eje central de este universo
que gira por mi cuerpo amortajado,
mientras crece la forma de tu ausencia
en la noche llovida de palabras.

EN TIERRAS DEL INSOMNIO . . .

EN TIERRAS del insomnio tus álamos distantes
hacen sonar los vidrios de sus triángulos verdes,
y tus sauces que lloran el viaje de tus ríos
noche de los aromas de tu pelo destreñan.

Lejos de tus montañas, de tu altura de mieses,
de tus campos de cabras y tu cielo de tórtolas,
estoy en la vigilia sudoroso y hambriento
de tus dones propicios y tus gracias colmadas.

Dame el pan amasado con leche de tu boca,
la miel de las abejas que te pican los labios,
las rubias aceitunas que penetran tus sales,
la embriaguez de tu vino ardoroso y sangriento.

Alba de las ciruelas, día de los membrillos,
noche fiel de los higos y las moras espesas,
estío de perones y de rojas manzanas,
otoño de las uvas con feria en los lagares.

Esta sed que en mí brota como una enredadera
se anuda a tus tobillos para iniciar su guía;
llamaradas azules van mordiendo tus flancos
y una red de hilos verdes te aprisiona los senos.

Apágame la sed de tus aguas labriegas
y corran por mi pecho de cauces desolados;
satúrenme los poros de luces detenidas
sobre este barro negro que se me vuelve polvo.

Tu horizonte se curva sobre estos ojos míos
— amapolas insomnes de mirar tu hermosura —
y detrás hay un cielo generoso de nubes,
caracolas que buscan toboganes del viento.

Con las lluvias caídas de las norias del aire
vayan mis besos rotos, mariposas del agua,
por tus fértiles valles verdinegros de musgo
a fecundar en ellos tus pólenes dormidos.

Desnudo de tus gracias estoy en este campo
de soledades mustias y siembras agostadas.
Agua de tus acequias inúndeme gozosa,
que yo tan sólo tengo mi desnudez de hombre.

Llévame al campo tuyo, amor, al campo tuyo,
a tu heredad de huertas y labores logradas,
que yo quiero dormirme sobre el trébol mullido
por tus pies y que velen mi sueño las espigas.

ESTUDIO

DOS GLOBULOS de sal, dos gotas de agua,
por los ocultos cauces de tu cuerpo,
suben desde tus pies, de las raíces
que sustentan tu grácil escultura.
Los nudos de marfil de tus tobillos
las sienten ascender por las columnas
altísimas y finas de tus piernas,
hasta llegar por túneles de sangre
a las frutas de miel de tus rodillas.
Debajo de la seda de los muslos
van por cañas de grana y de cobalto
en espiras de luz sobre los fémures
al óseo capitel de las caderas.

Dos glóbulos de sal, dos gotas de agua
caminan en la sombra de tu vientre,
laberinto de gasas y panales,
cónclave de palomas que respiran
y pugnan por salir. Una pareja
hiende tu piel y asoma por el tórax
con dos fresas maduras en el pico.
Las gotas de agua ceden a su paso

y siguen por la acequia de tu cuello
hasta la gruta viva de tu boca,
herraduras de sal de estalactitas
y estalagmitas ávidas que guardan
la móvil y fluctuante flama de tu lengua.

Dos glóbulos de sal, dos gotas de agua,
tras de posar en todos los granizos
de tu boca florida de palabras,
rebrotan por la bóveda escondida
del dulce paladar, hacia la nave
donde los pensamientos aletean.
Por dos pozos de luz, dos claraboyas
que dejan ver el mundo donde crece
tu estatura de cedro caminante,
se derraman las dos gotas de agua,
labios muertos de sed que ahora recorren
los médanos dorados de tu piel
y se van por el filtro de los poros
a reiniciar el ciclo de su viaje.

NOCTURNO EN UNA CIUDAD DESCONOCIDA

...Así será, pero también hoy y
más tarde, en realidad será uno
mismo quien está allí...

FRANZ KAFKA

MI CORAZÓN estaba lo mismo que los templos
a la hora en que terminan los ejercicios nocturnos:
las últimas voces advierten el silencio inminente
y las lámparas donde el aceite se consume
van a dejar de herir la oscuridad.

Cuando el sacristán cierra las puertas,
sólo las ventanas color de agonía
se asoman en las alturas hacia la noche;
después se apagan, y entonces la mole de la iglesia
se adivina más que se mira en el aire negro.
Nada más triste que una catedral con las puertas

[cerradas

en la noche de las ciudades desconocidas;
nada la hace presente y sin embargo existe,
existe como mi corazón en ese tiempo,

con su silencio igual al de los frutos secos
y con su soledad poblada de fantasmas.
Bajo sus naves iba creciendo el musgo
como la yerba enemiga que trepa por las tapias
en la tierra de nadie,
y es que al final de cuentas
no puede haber una cosa perfectamente sola,
con esa soledad que debe doler hasta la muerte,
pero que por lo menos enseñará a ser uno mismo.

POEMA DE SOLEDAD

Para Marcelino Araiza

LLENO de soledad voy por la calle
junto a los hombres que caminan solos.
Nadie sabe de nadie en esta hora
y ni siquiera el rumbo que lo guía.
Cada paso es un salto hacia la muerte
y el corazón lo sabe y no lo salva;
lleno de angustia flota sobre el tiempo
como una boya enloquecida y ciega.
Afuera de la piel, el mar humano;
debajo de la piel, sólo la sombra.
El cuerpo es una estatua hueca y fría
donde el silencio crece y se concreta.
No obstante, alguna vez, en esta cárcel,
en esta dura forma de epidermis,
hubo un vibrar de cítaras nerviosas,
un rumor de agua-sangre, un canto llano
de cordiales alondras. Tal la iglesia
en cuya nave el órgano solemne
vuelve música el viento y las palomas
en la luz de la cúpula zurean.

El corazón deshabitado, solo,
suele ser como un templo vacío,
sin lámparas, sin luz, sin voces fieles,
lo mismo que una pista abandonada
en la oscura quietud de un aeropuerto.
Lleno de soledad voy por la calle
como un viajero que no llega nunca
hasta el punto final de su jornada.
El río multicolor de la avenida
me lleva caminando sin camino.
Voy con pasos inciertos —¿hacia dónde?—
hacia nadie, hacia nunca y hacia nada.
Voy caminando solo entre bocinas,
entre paraguas negros que se abren
como los negros hongos de la angustia;
entre ruidos, nostalgias y mujeres
que apagan sus sensuales universos
entre muros de piedras infranqueables,
mientras cumplo en la tierra, siempre solo,
el dolor de estar vivo y de ser hombre.

LETANIA DE LOS OFICIOS

AQUEL hombre tenía las manos más hábiles
pero el espíritu más descontentadizo de la ciudad.

Sangró de rosas y nevó de magnolias los jardines,
pero el oficio no le gustó.

Puso a marchar el tiempo detenido en los relojes
[descompuestos,
pero el oficio no le gustó.

Colgó racimos en las parras y doró de manzanas los
[huertos,
pero el oficio no le gustó.

Hizo flores y volutas de madera perfumada,
pero el oficio no le gustó.

En las fragúas dio formas increíbles al hierro candente,
pero el oficio no le gustó.

En un canto dolido de cinceles esculpió ángeles
[funerarios,
pero el oficio no le gustó.

Un día dio muerte a otro hombre en una riña,
y el dueño de las manos milagrosas
se sintió feliz y se fue a la guerra.

SOBRE UN TEXTO DE KIERKEGAARD

NADA MAS doloroso consigna el Evangelio
que la resurrección de Lázaro.

Es bello, ciertamente, retornar a la vida
después de una penosa enfermedad
o de un desventurado accidente.

No hay placer más cabal
que el de la certidumbre de la convalecencia:
volver a respirar el aire dulce
lejos del olor amarguísimo de los hospitales;
ver de nuevo la luz,
la luz verde y dorada de los parques,
que nunca llega al cuarto de un enfermo;
sentir una vez más el contacto de las cosas amadas,
la vibración de las voces familiares,
y verificar la hermosura del mundo
rodeado de todos sus esplendores.

Lázaro, sin embargo, estaba triste
junto a la alegría de los suyos;
continuaba pudriéndose por dentro,
y ni siquiera la fragancia del unguento de nardos

que una vez impregnó el ambiente de su casa
mitigaba los hedores que subían de su alma.
Lázaro estaba triste,
y no porque la vida le hubiera sido dura,
sino por una clara y contundente razón:
él estaba ya muerto,
había ya conocido el espanto de la muerte,
y tenía la certeza de volver a morir.

DORADA ELEGIA

En memoria de Marilyn Monroe

ELLA SI tenía el don de la ubicuidad:
estaba en todas partes
con un vestido de encaje negro
que permitía ver en tréboles
su carne de piñón.

Emergía de los conos de cerveza
que apuraban los soldados en Formosa;
fue la última llama que se apagó en Stalingrado;
en París escarchaba de hiel las copas
en que bebían champaña las francesas,
y ya en su patria
sus hombros dorados eran fanales de la Vía Blanca,
o en los manzanares de California
se volvía toda ella
la más dorada y deleitosa
de las *Golden Delicious*.

Rodeaba al mundo con aros de delicia,
meridiano de la gracia,
paralelo de la sensualidad.

Yo vi bañarse a Marilyn en el mar de Acapulco:
el sol superponía en la tersura de su piel
laminillas de oro,
lo mismo que los orientales en los muros
de ciertos templos.
Por eso, cuando entraba en la penumbra del comedor,
los ojos padecían un deslumbramiento.

Yo también la tenía en mi dormitorio.
Todas las noches oía saltar,
desde la entraña de la pared,
el surtidor de su risa.
Era el único espacio de mi mundo
que no habitaba la soledad.

Cuando escuché por radio la noticia
sentí dolor en el corazón;
el iris de una lágrima me veló su retrato
y noté que su imagen se apagaba en el muro.
Marilyn se había ido por un túnel
sin saber hacia dónde;
topacio de la luz,
cayó en el pozo de la sombra
y ni siquiera pudo asirse
de los alambres del teléfono.

El agua de su risa se volvió a sus orígenes
y un silencio de siglos
se entronizó en las paredes de mi cuarto.

Después de ser todos,
de los que siempre la quisimos,

nadie se apresuró a reclamarla
cuando estuvo en el congelador,
y en que nadie se ocupa
de una manzana empedernida.

Si hubiera estado cerca
yo la hubiese traído a mi jardín;
aquí sería una espiga dorada por el sol
o una pequeña flama
quemando la sombra de la noche.

Pero guardo un disco de ella,
fuente redonda
de la que fluye el agua de su voz,
y cuando vuelvo a oírla
se me llena de pájaros el cuarto
y las lámparas llueven manzanas de cristal.

ORACION POR UN MAPLE SOLITARIO

DESDE el norte nevado llegó recién nacido,
apenas con balbuceos de verdura
sobre las ramas tiernas.

Sus hermanos mayores
le dieron lo esencial para el viaje:
una alforja de clorofila
y el espíritu de la hospitalidad para los pájaros.

En las avenidas de Montreal
hubo duelo por su partida,
llanto y dolor de árboles
por el desgajamiento del retoño.
O tal vez fue la angustia de una semilla
que murió al darlo a luz para otra tierra.

En el jardín interior de la casa
pasó de la niñez a la adolescencia
y de la adolescencia a la plenitud,
ante los ojos nuevos de los niños,
bajo las manos-palomas de la mujer
y entre la austera ternura del hombre
tejida como una guirnalda.

Ahí cumple el destino de sus transformaciones:
señor de la verdura,
cono pleno de granos de miel,
vela de barco henchida por el viento de marzo
que lo hace navegar por los mares de césped,
triángulo de cristal percutido de trinos,
catedral gótica donde ofician los tordos,
punta de lanza ciclópea
que desangra las garzas de las nubes
y hiere los costados azules de los cielos.

Cuando se siente solo
se alza sobre las puntas de los pies
para asomarse por encima de las bardas
a los rumores de la ciudad,
y en las noches no duerme:
sueña despierto y vela el reposo de sus dueños,
o se convierte en órgano
donde suena el alegre con brío del huracán
o el andante con moto de la lluvia.

Pero llega el otoño con sus lenguas de ámbar
que lo encienden como un gigantesco candil de
[prismas,
de prismas que se doran y enrojecen
hasta quemar al árbol en una llamarada
y reducirlo a un esqueleto de ceniza,
o es que el árbol, consciente de sí mismo,
se desnuda para dormir en el invierno
bajo sus cobertores de intemperie,
y ante la angustia de los que sufren
por el temor de un sueño definitivo.

Mas el maple despierta
cautivo en una red de nudos verdes
que arden en las axilas de sus ramas,
y que estallan más tarde
en una pirotecnia vegetal,
hasta llenar de nuevo el jardín con la presencia
del ser más noble de los seres.

Que los pájaros recen al dios árbol
para que le conceda la gracia de la longevidad,
y una vez que haya muerto en su cama de yerba
vuele su alma al paraíso de los árboles.

“MELANCOLIA Y MISTERIO DE UNA CALLE”

Cuadro de Giorgio De Chirico

EN LA URBANIZACION del sueño
se abre el arroyo de la calle siniestra

En el primer término está una casa con portales
sumergida en la oscuridad
y enfrente hay un cuartel
con una larga fila de arcos
bañados por una luz oblicua
de mercurio lunar

Los edificios no tienen puertas
y en los pisos altos las pequeñas ventanas
se cierran sobre habitaciones
donde no vive nadie

La calle es un universo en sí misma
es un túnel de luz
que desemboca en un punto negro

Una jaula de circo estacionada
junto a los arcos de la casa sombría
tiene abiertas las rejas

Calle arriba una niña sola
va corriendo detrás de un aro
y no se sabe de quién o de qué es
la silueta que viene

Las cosas adquieren una presencia formidable
en el espacio del rectángulo
y el tiempo se congela en un instante de angustia
de soledad y de silencio

LONDRES, 6 P.M.

A Sara Rosa

EN SU PLAZA de Londres
Winston Churchill se obstina en llegar al Parlamento
Su giba de burgués bien cebado
proyecta todo el peso del Primer Ministro
sobre la débil caña del bastón

La orgullosa ciudad de la neblina
se arrebuja en su abrigo de lanas y vicuñas
¿Pero qué ocurre con el pepenador de los muelles?
¿Qué sucede con el magnate del *Rolls-Royce*?
Uno y otro están fuera de contexto
en la hora que salta sobre el Támesis

La gloriosa joroba que un día llevó encima
el destino de Inglaterra
no podrá repetir su hazaña
por más que ahora sea de bronce
y todas las espinas dorsales
que se doblaban en la danza cortesana
serán fracturadas por el peso de la justicia social

Que conserven su flema los ingleses
cuyo símbolo exacto
es el *Big-Ben* de cuatro ojos
a quien parece importarle un penique
lo que pasa en el mundo

Londres, 26 de julio de 1975.

PRAGA, 6 A.M.

A Esperanza

ESA PALOMA querestuna
que vierte su llanto en el Moldava de la aurora
es el alma de Praga esclavizada

Ese lamento mañanero
que clava su raíz en mi ventana
es la palpitación dolorida de la ciudad
es la punta de una torre de yesca
que arde al contacto de la estrella roja
es la brisa que llega desde Karlovy Vary
con un amargo regusto de cerveza
son los ojos de un puente
a los que enjuga el llanto un pañuelo de chopos
es la fina espalda de una mujer
que se dobla hacia atrás
en el paréntesis del abrazo comunista

Si yo pudiera llevarme esta ciudad
a mi patria libre de servidumbre
la trasladaría piedra por piedra

árbol por árbol
mujer por mujer

Los hombres y las palomas irían solos
detrás de todo lo que aman

Pero esto no es posible
Praga se queda crucificada por el río soviético
Por eso cada día
le fluye cerveza por los labios
y se le llena el corazón de sauces.

Praga, 28 de julio de 1975.

MEMENTO DE FELIPE II

Para Moisés Vega Kégel

DON FELIPE II terminó de pudrirse
sin que le fuera necesaria
la Sala de Descomposición de El Escorial

Consumida la carne consumado el amor
los huesos son carbones apagados

Isabel de Valois tiene su mínima osamenta
lejos de los despojos del monarca
si bien pudo formarse con los huesos de los amantes
una escala para que sus almas
salieran juntas de las llamas del Purgatorio

¡Pobre señor Felipe!
El más rey de los reyes de la tierra

El sol que no alcanzaba a ponerse en sus dominios
se puso para siempre más allá de su carne
y de su amor

Madrid, 7 de julio de 1973.

“EL PAPAMOSCAS”

... —*polvo, sudor y hierro*— ...

MANUEL MACHADO

EN EL INTERIOR de la catedral burgalesa
desde una ojiva que se clava en la altura
“El Papamoscas” mantiene su distancia de los humanos

Su tarea es comer cada hora
las uvas que se desprenden del racimo del tiempo
El pequeño ayudante lo previene
con golpes de yunque cada cuarto

Durante el día se divierte “El Papamoscas”
y parece burlarse de los curiosos
pero al invadir el crepúsculo
las naves de la tristísima catedral
el devorador de horas debe tomar conciencia
de su soledad inacabable
que se vuelve más dolorosa en la noche

“El Papamoscas” preferiría ser devorado por el tiempo
Tal es el caso de Rodericus Didaci Campidoctor

y de Eximina Vxor Eivs
que en la sepultura catedralicia
—sin hierro ni sudor y hasta sin polvo—
son apenas dos nombres inscritos en una losa

Burgos, 8 de octubre de 1979.

EPITAFIO PARA UNAMUNO

YACE AQUI soterrado don Miguel de Unamuno,
poeta de la angustia, "El Búho de Salamanca";
pasó la noche negra buscando inoportuno
a Dios, hasta que el día la noche volvió blanca.

Avido de la luz descendió a las tinieblas;
temeroso del polvo bajó a la sepultura.
Más le hubiera valido entre luces y nieblas
entregarse a la vida con la muerte segura.

Salamanca, 16 de octubre de 1979.

A LO LARGO DEL DUERO

En memoria de Antonio Machado

AQUI ESTOY con vosotros, álamos, chopos, olmos,
abuelos españoles, árboles del río Duero.
Con la sombra de Antonio doliéndome a la espalda
he cruzado el océano para venir a veros.

Alamos de mis ríos familiares, os llamo
cuando sus azafranes hace arder el otoño
en las ramas tardías; prestadme vuestras voces
para sentirme árbol entre chopos y olmos.

Ocultas en mi alma las verdes primaveras
dan flores amarillas, nostalgia de los míos.
Si pudiera llorar, a mares lloraría
por sueños enterrados y deseos no cumplidos.

Yo no sé si al poeta cantor de esta hermosura
le brotó con las lluvias una florida rama;
yo no espero milagros, y el sol, que todo anima,
es una luz traspuesta que para mí se apaga.

Pero Antonio se obstina en llevar solo a cuestas
esta cruz de verdores por los campos de Soria.

Sea leve la carga para el santo del Duero,
que cumple la alegría de su dolor a solas.

Logroño — Soria, 14 de octubre de 1979.

AQUI CANADA

Para Fuensanta

DESDE este gran país de bandera nevada
con rojo corazón en la hoja de maple,
de árboles ardiendo en el otoño
y ríos congelados en el glacial invierno,
evoco mi ciudad de cantera remota.

Como al través de un largo telescopio invertido
la ciudad me parece una rosa sedienta.
¡Si pudiera sembrarla junto al Río San Lorenzo! . .

Desde esta metrópoli de aire limpio y delgado
y de mujeres mágicas
cuyos rostros de cera no se funden
bajo las llamaradas del cabello,
ni el agua de los ojos azules se les nieva
en pequeños volcanes por el frío,
mi ciudad se me vuelve flor de piedra,
y acaso con la sola virtud de ser la mía.

Ottawa, 15 de octubre de 1987.

PROSA

LA FRUTA DE HORNO

ANTONIO PICÓN, el panadero, ocupa un sitio muy especial en los recuerdos de Quintín Paredes. Más que panadero, Antonio era el orfebre de la harina, ya que poseía como ninguno los secretos del amasijo y del horno.

En su panadería, fragante de labores amables, alineadas sobre las hojas puestas en los anaqueles o formando montones dentro de los canastos, estaban todas las variedades conocidas del pan. Entre las de grasa había esponjas escarchadas y ásperas, camelias de grietas superficiales, campechanas de crujiente hojaldre, libros de miga compacta y absorbente, alamares de azucarados arabescos, chamucos de dulzura circundada por un ribete de insipidez, limas de dorado pezón como senos en plenitud, conchas de suaves gajos rescatadas de la marea del horno.

Luego venían las variedades del pan de agua o pan floreado, una delgada corteza rubia y el corazón blanquísimo: las colasas en forma de pulseras torzales, los torcidos en forma de trenza y unas piezas entre bolillo y telera, a las que la gente llamaba pan francés.

Entre las especies del pan de huevo había una torta que era casquete polar de la sabrosura, y cuyo secreto de conservación sólo aquel panadero poseía. Junto a ella, los cuernos de migajón amarillo de honradez y los apretados, de apariencia de puños.

Por último ahí estaban las piezas del pan más popular: las semitas de granillo, de incitante y morena piel, opacas y rojizas como cazuelas invertidas, o vidriosas de caramelo y pecosas de ajonjolí; los puerquitos de color de cera de Campeche y, también de piloncillo y carbonato, las morelianas, de ondulados bordes.

Pero la fruta de horno era el milagro de la harina: los merengues de color crema o rosado, que se deshacían en la boca igual que un beso; los polvorones, como miniaturas de terracota sedienta; los rosquetes, de cerradas estrías; las puchas, de leve consistencia, con aspecto de cráteres coronados de nubes; las soletas, como astillas de tardes abaciales.

La fruta de horno ocupaba un lugar aparte de las otras especies del pan y sólo se elaboraba los sábados y los domingos. Por las noches, en una tabla cubierta con mantel de alemanisco y colocada sobre una cabrilla junto a la puerta, se expendía bajo el cuidado personal del panadero, que con un espantamoscas hacía huir a los insectos zumbantes alrededor del mechero de petróleo.

Al correr del tiempo Quintín Paredes, en sus excursiones por los pueblos de su patria, ha vuelto a pro-

bar más de una vez de esas gollerías y no las ha encontrado iguales. ¿Será por la falta de escrúpulos de quienes las elaboran, o porque la fruta de horno de Antonio Picón estaba aderezada con el cariño de un hombre bueno, tan bueno como el pan de la niñez?

EL PADRE GONZALEZ

EL PADRE González hubiera podido representar cumplidamente al cura de misa y olla. Superados los esfuerzos considerables que debieron llevarlo al sacerdocio, lo ejercía con una ingenuidad y con un gozo interior que le rezumaban por los poros.

Descuidada en extremo su persona, el único detalle de pulcritud que ostentaba era la tonsura, símbolo de su trabajosa dignidad eclesiástica. Por lo demás resultaba conmovedor oírlo explicar, con los cabellos avvicindados sobre la frente, la epístola de San Pablo a los romanos o en la festividad de San Pedro Apóstol, patrono del pueblo, verlo descender de la sagrada tribuna después de pedir excusas a los fieles por habérsele olvidado medio sermón.

Pero a falta de los dones que le negó el intelecto, el padre González ponía un celo inusitado en el ejercicio de su ministerio, ejercicio que lo llevó a fulminar, atribuyéndose los más amplios poderes, la excomunión contra todos los impíos que practicasen el deporte del beis-bol, exótico en aquellos lugares, y contra los majaderos que se negasen a besarle la mano.

Cuando se hizo indispensable sustituir el piso de gastados ladrillos de la iglesia por uno más decoroso y duradero, el padre González obligó, so pena de excomunión, a todos los habitantes del pueblo a contribuir con uno o con varios mosaicos para tan noble y necesaria obra. El día que los mosaicos, procedentes de la más cercana ciudad hacían su arribo al pueblo, sobre los lomos de cansados y sufridos asnos, fueron echadas a vuelo las campanas, y por la noche, en procesión solemne, una doble fila de muchachas y de mancebos condujo en sus manos los duros cuadrados del pavimento, hasta los pies de la imagen de San Pedro Apóstol.

El hermano Nino, cantor y sacristán de la iglesia, se empeñaba en lucir su ingrata voz desde el coro y el supuesto virtuosismo de sus dedos ante el *armonium*; pero en los rosarios cantados, a juzgar por la actitud del sacerdote sentado dentro del púlpito, de quien sólo emergía la cabeza extática, todos los misterios, fueran estos gloriosos o dolorosos, habían de convertirse, tras los decimarios de las avemarías, en misterios gozosos al conjuro del arte musical de Nino.

En los matrimonios, en las primeras comuniones o en los bautizos, se vio más de una vez al padre González, ataviado con capa pluvial, presidir los banquetes o las meriendas y lucir la sutileza de sus dientes a merced de un muslo de guajolote, para dejar libre cauce al tinto de importación, o engullir con el mayor desenfado un respetable montículo de puchas y polvones, rociados con chocolate del de libra con libra o

con rompopo monjil.

Pero el padre González era la esencial alegría de aquellos convivios, y en ellos no se podía prescindir de su persona. Daba gloria verlo llegar precedido de "Palomo", su blanco perro de lanas, con dos o tres chiquillos prendidos de sus ropas fragantes de copal, y sucedido de sus modestas y solterísimas hermanas, tenebrosas de lutos inmotivados.

La paz del pueblo estaba en las manos de aquel hombre. Pero como las épocas felices han de llegar fatalmente a su fin, la persecución que el presidente Calles ordenó contra los eclesiásticos vino a derrumbar la inefable alegría de aquella gente sin sombra de pecado. Cuéntase que el padre González, al saber el suceso, se encerró en una de tantas casas piadosas dispuestas a acogerlo, y que en un raptó de supremo heroísmo prometió no rasurarse sino hasta la total restauración de los cultos.

Aquí se pierde el hilo de su pequeña historia, y no se sabe si el padre González tuvo tiempo de liberar su cara de aquella oscura promesa, o si entró en la paz del Señor, con el rostro orlado de una barba florida.

EL FONOGRAFO

PIENSA Quintín Paredes que el gusto por la música constituye uno de los valores espirituales del mexicano. Recuerda cómo los domingos de su niñez, en las tiendas donde había fonógrafo, los rancheros se congregaban para escuchar, a centavo la pieza, las creaciones del alma popular.

En un extremo del mostrador estaba el fonógrafo de cilindro, con su bocina cónica que se abría en un pabellón latonado. Colocaba el patrón un pequeño tubo de pasta negra y reluciente sobre el cilindro de níquel, daba cuerda al aparato, con exquisito cuidado ponía sobre el primer surco de la grabación el diamante del diafragma, y a los pocos segundos, sobre un ruido como de hoja que arrastra el viento, se escuchaba la voz del locutor mexicano: "¡El descarrilamiento de Tenamatla! ¡Primera parte! ¡Por Rafael Herrera Robinsón! ¡Fonograma Edison!", y la voz del pintoresco cantor, entre la florituras de la guitarra, comenzaba a referir la catástrofe. El círculo de rancheros con ropa nueva y la cabeza de lado, cerrábase en torno de aquella máquina sonora para gustar las delicias del canto.

Algunas veces el patrón se proponía deslumbrar con su gusto más depurado al campesino auditorio; entonces se dejaba oír la voz de un anunciador gringo que decía: *Adio Napoli! Signor di Mantini! Columbia record!*, y los rancheros escuchaban perplejos, pero sin protestar, aquel extraño idioma de pedanterías guturales.

Agotado el repertorio del patrón y repetidas las piezas más gustadas de la rueda, ya con el sol en el principio de su descenso, los marchantes pedían cada uno una lata de sardinas portuguesas y una pieza de pan floreado, alimentos que despachaban con una soda de grosella, y emprendían el retorno a sus hogares.

En la trastienda de la casa donde nació Quintín, y sobre una petaquilla que al abrirse inundaba el ambiente de un aroma de durazno prisco, estaba el fonógrafo de su padre. Allí se inició Quintín en el amor a la música, y breves le parecían las horas que entre los miembros de su familia pasaba escuchando el mágico instrumento. ¡Si lo hubieran dejado manejar el fonógrafo! . . . Mas buen cuidado tenía su padre de guardar las piezas en altos anaqueles, fuera del alcance de aquellas manos inquietas que pudieran destruir los tubos milagrosos.

Pero los días en que el jefe de la casa se ausentaba del pueblo permanecían cerradas la tienda y la trastienda, y las mujeres, absortas al mediodía en sus labores culinarias, no podrían darse cuenta de los furtivos conciertos de Quintín.

Llegaba presuroso de la escuela. Con extremo sigilo abría la vidriera y la puerta de la trastienda. Una vez adentro volvía a cerrar completamente la puerta de vidrios, y dejaba las maderas de modo que una angosta banda de luz le evitase tropezar con las cosas. Bancos y cajones había para llegar hasta aquel mundo de canciones dormidas, y ya todo dispuesto, el aleteo de su corazón armonizaba con los compases sonoros que encendían la penumbra.

El concierto duraba hasta que las mujeres, advirtiendo el retardo del chiquillo, sabían dónde encontrarlo. Una reprimenda entonces y la obligación de volver aquellas maravillas a su sitio daban por concluido el concierto y con él el ensueño del oyente.

Mas en la tierra de su espíritu quedaría sembrado el nombre de Tomás Alba Edison, raíz del árbol eterno que siempre sacudirán las tempestades de la música.

EL SALTO

PASADAS las lluvias de abril o de septiembre, cuando el campo comenzaba a orearse, los familiares de Quintín solían organizar una excursión a "El Salto", la cascada que con la crecida del río cobraba una imponente hermosura.

De la mano de su nana, el alegre paseante estallaba en risas junto a la cruz de piedra con inscripciones latinas, que los jesuitas construyeron en el siglo XVII a la orilla del pueblo. Todo era campo abierto bajo la transparencia de la tarde recién lavada.

A la izquierda se abría el canal de la presa y al frente comenzaba, entre dos álamos altísimos, el camino de "El Salto", con sus márgenes salpicadas de amapolas y maravillas. Un agreste olor de simonillo, mezclado al de la tierra húmeda, embalsamaba los pulmones, y el silencio campesino flotaba como una gasa azul en que las mariposas prendían iniciales de oro.

Traspuestos los cuadros de verdura y las espigas, el terreno comenzaba a erizarse de montículos, y el bramar de las aguas, cada vez más audible, descubría

la proximidad de la cascada. Allí estaba "El Salto", colérico de espumas lechosas, como la furia de mil corceles desbocados, precipitándose sobre la oscura garganta de rocas verticales.

Desde el mirador más cercano Quintín lo contemplaba sobrecogido, y más cuando a grandes voces quería comunicarse con su nana, y ni él escuchaba su propia voz, y de la mujer, que también gritaba, sólo veía moverse los labios. Acaso llegó a pensar que la sordera debe ser como el continuo precipitarse de una catarata interior, cuyo estruendo impide percibir los sonidos del mundo.

Con el rostro cuajado de briznas como lágrimas, veía formarse el arcoiris en el abismo rocalloso, al traspasar los rayos oblicuos del sol los efluvios del agua.

La nana tenía que retirarlo del mirador con la promesa de buscarle chilitos en las biznagas, y ya con el regusto de aquellos frutos agrestes destilando en su boca, comenzaba la búsqueda de aquellas cactáceas como erizos verdes, que producían unas cápsulas de vivo color magenta, pletóricas de miel agridulce.

Con la tarde amarilla de sol poniente, y cuando en los sauces del río comenzaban a desperezarse los tecolotes, se iniciaba el regreso, por temor de la noche campesina poblada de siniestros horrores. Contábase que un clérigo se ahogó en "El Salto" cuando volvía de prestar los últimos auxilios a un moribundo, y que desde entonces, en las noches de creciente, se escuchaba una campanita por aquellos lugares.

Los paseantes entraban en el pueblo cuando Venus rielaba en las aguas de la presa, y el fuego del crepúsculo ponía tintes sangrientos en la cruz de piedra.

Ya en el comedor de su casa, a la mortecina luz del quinqué, el pequeño evocaba a lo largo de la merienda la tragedia del cura, y por miedo de oír la campanita si continuaba despierto, al decir de su madre, corría hasta la cama, y abrumado de tilmas se arrullaba con el rumor de la cascada, que en las noches tranquilas podía escucharse desde el pueblo.

La mano materna iba pesando cada vez más sobre sus párpados, y minutos después el cansado Quintín Paredes volvería, por los caminos del sueño, a corretear por los campos de su tierra.

LA PRIMA LUPE

CON LOS calores del estío la prima Lupe, clavel de adolescencia, llegaba con algunos familiares al pueblo, a pasar la temporada veraniega. La prima Lupe vivía en Tampico, y a la inversa de las golondrinas, que huyen del invierno, ella huía del verano costero, y con su presencia dejaba un nuevo sabor en las cosas, como si las impregnase de sales marinas. Quintín profesaba un extraño afecto a la muchacha, y junto a ella el aire se le volvía húmedo y tibio, como el que se respira cuando las lluvias de junio hacen vaporizar la tierra.

Como la prima Lupe se hospedaba en la casa de su abuela, y el galerón donde el maestro Cecilio ejercía su ministerio formaba parte de la misma casona, los escolares podían contemplar de reojo los ocios de la muchacha en el patio. Los grandullones se revolvían en los pupitres al verla salir, con la fresca de las once, a regar las macetas, a poner alpiste en las jaulas de los canarios o a examinar las calabazas y las chilacayotas que la abuela ponía a orear bajo las higueras. De blusa y falda corta, sin medias y con tacones altos, la prima de Quintín era el blanco de aquellas miradas furtivas,

y cuando al inclinarse para sopesar las cucurbitáceas el borde de su falda descubría los hoyuelos de las corvas, los grandullones golpeaban con el codo a los pequeños, que no comprendían la causa de aquel entusiasmo.

Otras veces, en los rarísimos días de asueto, Quintín ayudaba a su prima a regar las lechugas de la huerta. Junto al pozo de aguas azules, que tenían un pastoso sabor de chicle, Lupe levantaba los brazos para jalar la cuerda del bimbalete, y aquel movimiento ponía más de relieve las dos limas de su pecho y descubría la incipiente pelusa de sus axilas. Rechinaban los morillos del bimbalete, y el acompasado jaloneo de las manos iba haciendo descender la cubeta hasta tocar el espejo del agua; una brusca ondulación de la soga bastaba para sumergirla, y ya llena era cuestión de soliviarla una vez, y las piedras del contrapeso, amarradas en el otro extremo de la viga, se encargaban de subir la cubeta hasta la boca del pozo, desde la cual el agua era vertida en la acequia.

El día resultaba redondo para Quintín, si después de aquellas mañanas idílicas y de las tardes de excursión al campo se pasaban las horas de la velada junto a la prima Lupe. A la luz de una veladora color de malva los contertulios gustaban del rompopo, de los pasteillos y de la charla de doña Marta, y si alguno de ellos refería historias de aparecidos, la sombra del abuelo parecía flotar en el ambiente como si fuera a corporizarse. Los visitantes despedíanse a las diez, cuando muy tarde, y Quintín se llevaba por las calles oscuras

la imagen de aquel rostro, en el que cabrilleaban la miel de los ojos y la leche de los dientes.

Pero una mañana la prima Lupe ya no estaba en el pueblo, y algo como la mariposa de la nostalgia revoloteaba en torno de Quintín. Olvidándose del libro abierto, sus ojos subían hasta el nido de la techumbre y tampoco encontraban las golondrinas. Más largas y monótonas que nunca le parecían las horas del estudio, como si el campanero se hubiese olvidado de dar las doce. Por fin se escuchaba el eco de la campana dolorosa, y al cruzar por el patio de la escuela para volver a su casa, acaso descubría Quintín una gota de agua temblando sobre el vellón de su suéter.

EL VIERNES SANTO

EL VIERNES SANTO pesaba sobre el pueblo con una extraña mezcla de entusiasmo y tragedia. El sol caía como lluvia de vidrio derretido, y las cosas recortaban sus perfiles formidables con una gravedad inusitada.

Pasado el mediodía los cauces de las calles desbordaban de fieles presurosos que dirigían sus pasos a la iglesia, donde había de celebrarse el oficio de "Las Siete Palabras".

Reverberaba el templo de fervores antiguos, y bajo los rebozos las mujeres del pueblo contraían en una mueca dolorosa el rostro de aceituna, mientras las muchachas de la llamada "buena sociedad" se esponjaban de lutos que ponían más de relieve la albura de la tez, donde los ojos ardían como lámparas.

Frente al lienzo morado del altar mayor y sobre el montículo de madera que simulaba el monte Calvario estaban las imágenes, de tamaño natural, de los protagonistas de la tragedia: Dimas y Gestas amarrados a las cruces y enmedio el crucifijo, punzado de hierros homicidas. A la diestra del crucifijo el buen ladrón desfloraba su arrepentimiento como único recurso pa-

ra robarse el cielo, y a la izquierda el otro delincuente, el malo, dictaba fiero al mundo su lección de supremo escepticismo. El santo Cristo era una de esas imágenes terribles de las iglesias pobres. Lacerado exageradamente el cuerpo del Señor, su rostro parecía un racimo sanguinolento bajo la corona de espinas, la espalda era una enorme costra roja y en las extremidades inferiores los estragos del suplicio habían dejado al descubierto rótulas y tibias. En el colmo de su sadismo religioso, el escultor de aquella figura le había colocado goznes en el cuello, lo que mediante dos hilos amarrados a las argollas de la nuca y el mentón, permitía hacer boquear al crucifijo para mostrar más a lo vivo la agonía de Jesús a los fieles.

Posesionábase de la sagrada tribuna el padre González, y reduciendo a uno solo los siete consabidos sermones, más por falta de recursos oratorios que por exceso de economía ritual, comentaba por enésima vez al auditorio las siete expresiones últimas del Nazareno.

Fluía el hilo del sermón entre lágrimas silenciosas y apagados sollozos de la gente, pero al llegar a aquello de "¡Padre mío, en tus manos encomiendo mi espíritu!", la tonante voz del sacerdote subía hasta su más alto registro, jalaba un acólito los hilos del crucifijo para hacerlo boquear, y entonces los alaridos de las viejas estremecían el sagrado recinto. Algunas veces se le pasaba la mano al monaguillo, y en lugar de las tres boqueadas reglamentarias hacía dar a la imagen más de media docena, lo que prolongaba aquella histeria colectiva, que había de llegar al paroxismo cuando los

acólitos, ocultos tras el montículo de las cruces, producían relámpagos de brea y con una lámina imitaban el fragor del trueno.

Descendía sudoroso y sonriente el sacerdote, de aquel púlpito que tantas veces fue testigo de su elocuencia o de su infortunio, y por largo tiempo quedaba flotando en el ambiente un hálito de congoja. Procedíase a la ceremonia de "El Descendimiento", que consistía en retirar de las cruces a los ajusticiados, y desentendiéndose los organizadores de aquella "Pasión de bulto" de las figuras de los ladrones, colocaban a Cristo a los pies de la Dolorosa y los de San Juan, a quienes acompañaban la Magdalena y el Cireneo.

Dos o tres horas más tarde, el padre González volvía a subir al púlpito para pronunciar el sermón del "Pésame" a la Virgen, enlutada y contrita bajo las cruces solas, de cuyos brazos pendían paños mortuorios, y así terminaban los ejercicios del viernes santo, a la luz de las linternas agonizantes y entre la impaciencia de algunos fariseos, ansiosos de volver a su vida cotidiana.

Por las calles calizas de luna llena regresaba Quintín de la mano de su padre, viendo cómo sus siluetas se movían sobre el polvo. Cuando por la banqueta los rebasaba alguna de aquellas muchachas vestidas de negro, un olor de ciruelas se mezclaba con el aroma de la tierra mojada. La túnica del silencio descendía como una mortaja sobre el pueblo, y la noche era una sombra arrodillada, que a la mañana siguiente habrían de disipar las esquilas de la gloria.

EL SACRISTAN

Bienaventurados los pobres de espíritu: porque de ellos es el reino de los cielos.

S. MATEO, V-3.

TRANQUILINO BUENO era el muchachón más pacífico del pueblo. Dueño de un espíritu que oscilaba entre la socarronería y la idiotez, con bastante mayor propensión a lo segundo que a lo primero, Tranquilino era considerado por su pobreza espiritual como un ejemplo de bienaventuranza.

Por caridad le daban abrigo y sustento en la casa parroquial, no sin que el señor cura, con palabras amables y suavas, le hablase diariamente de los horrores de la ingratitud, por lo que Tranquilino procuraba huir de ellos correspondiendo a los favores de aquella casa con una total dedicación a los santos menesteres de la iglesia.

Aseaba los pisos, hacía los mandados, conservaba limpios los ornamentos, sacudía el polvo de las imágenes y, en las noches de solemnidad, después de haber dado vuelo a las campanas, se sumaba a las hileras de los fieles. Con una vela encendida en la mano, vistosos

escapularios sobre su pecho y listones que sujetaban medallas como condecoraciones, respondía a grito pelado, pero con un fervor sublime, a las letanías que mascullaba el cantor en el coro.

Con un ápice más de inteligencia hubiera podido ayudar al señor cura a decir misa, y es que Tranquilino quería ganar el cielo a toda costa. ¡Él, que con su cara de bienaventurado hubiera podido entrar a la gloria por la puerta grande! . . .

Soportaba paciente las impertinencias de los muchachos. Cuando los chiquillos de la escuela lo encontraban en la calle, con una chaqueta militar de ínfima graduación que ya sentía nostalgia de su color primitivo, la cabeza rapada y los ojos sin ver a ningún lado, lo molían con infantiles necedades:

— Tranquilino, dinos cómo hace el tren.

Y Tranquilino procuraba imitar el sonido de la campanilla, el soplo del vapor y el ulular del silbato, habilidad que los escolares pagaban con grandes risotadas.

O bien:

— Tranquilino, dinos cómo hace el “viejo de la danza”.

Y Tranquilino daba algunas vueltas bailando y haciendo como que tocaba la guitarra entre la desaforada chiquillería.

Sólo cuando le cargaban la mano profería contra ellos una palabrota y sacaba de la bolsa una resortera,

a cuya amenaza los muchachos huían, por más que el pobre loco no hiciese jamás uso de su arma.

Era, en fin, un tipo lleno de color vernáculo a quien la gente del pueblo trataba con liberalidad y simpatía, con excepción del hortelano de la casa curial, que no fraternizaba con Tranquilino por envidia de los ricos bocados y de las indulgencias plenarias que el loco recibía.

Aquella mañana Cosme Picón, hortelano del señor cura, presentó ante el juez de primera instancia formal querrela en contra de Tranquilino Bueno por el delito de lesiones del tercer grado.

El quejoso alegaba que aquel día, cuando iba a descender al fondo del pozo para continuar su limpieza, advirtió encima del brocal un trozo grande de cantera, algo así como parte de una columna que durante años había visto medio sepultado en un rincón de la huerta. Dijo que no tuvo ninguna idea sobre el objeto con que pudiera estar aquel día la piedra en el brocal y que sin cuidarse de más bajó al pozo. Que apenas comenzada la tarea oyó un ruido en la boca de éste, y que cuando volvió la cabeza para enterarse de lo que era vio contra el cielo la cara de Tranquilino y la cantera que se venía abajo. Que instintivamente metió la cabeza en un hueco del pozo, pero que la piedra lo alcanzó en el hombro dejándosele semi-destrozado, como podía verse, y que de no ser por dos

hombres que cortaban alfalfa y que al oír sus gritos corrieron a sacarlo, él hubiera muerto con toda seguridad.

Interrogados por el juez los que cortaban alfalfa dijeron que ellos no habían visto a Tranquilino en la huerta y que a lo mejor la piedra se había caído sola.

¡Claro! Cómo iba a ser capaz Tranquilino Bueno de crimen semejante!

Mas lo cierto era que el hortelano vio en aquel accidente la ocasión de sonsacar al señor cura, en concepto de indemnización por la dudosa culpa de su protegido, algo de los diezmos y primicias que aquella buena gente pagaba a la iglesia de Dios, y así, un tanto recuperado y venciendo el dolor de la magulladura, el hortelano compareció personalmente ante el juez.

El ciudadano de la ley, hombre católico en extremo, queriendo ahorrarse dificultades mediante un juicio sumarísimo y seguro de la inocencia del acusado, hizo comparecer a Tranquilino, quien se presentó en el juzgado seguido por una muchedumbre de curiosos.

El licenciado lo interrogó:

— Este hombre se queja de que hoy por la mañana, estando él en el fondo del pozo del señor cura, tú le dejaste caer la piedra que estaba en un rincón de la huerta. ¿Es cierto que le arrojaste la piedra?

Y Tranquilino, rasgando sus gruesos labios y mostrando los dientes amarillos contestó risueñamente:

— ¡Si desde ayer se la iba a echar, nomás que no la había podido subir! . . .

. * .

Y Tranquilino Bueno, bienaventurado por ser pobre de espíritu, antes de franquear los umbrales del cielo tuvo que trasponer las rejas de la cárcel.

EL DUEÑO DE LA TIERRA

Bienaventurados los mansos: porque ellos recibirán la tierra por heredad.

S. MATEO. V-5.

CLETO MORALES vino al mundo minutos antes de que su madre se fuera de él. Puede decirse que la desdichada ni siquiera logró conocer a su hijo. El padre tuvo que hacerse cargo de la crianza y lo hizo con toda la solicitud que le permitieron sus entendederas de labriego.

Cuando el chiquillo pudo zafarse de los pechos y de la casa de la nodriza pasó al jacal del padre, y ya más macicillo, cuando el tiempo era bueno, acompañaba al campesino en las labores, amarrado a los lomos de los bueyes mediante un aparejo inventado por el labrador. Por eso puede afirmarse que Cleto Morales fue hijo del campo.

Tal vez el paisaje abierto o los tranquilos bueyes comunicaron su pacífica condición al espíritu de Cleto, por lo que fue desarrollándose sin mayores urgencias, siempre en silencio, lo mismo que un mezquite.

Cuando llegó el tiempo de mandarlo a la escuela lloró amargamente al despedirse de sus bueyes, pero sin los berridos o los tironeos de otras criaturas pasó junto al viejo bilioso que la hacía de maestro.

La escuela no habría de servirle para nada, pues él quería labrar la tierra, como su padre, como su abuelo, pero labrar una tierra suya y no morir se labrando como mediero la del dueño, si bien le iba.

De chícharo en la tienda de raya entró por no contrariar la voluntad de su padre y por temor de que el amo les quitara la tierra. ¿Cómo conseguir un pedazo de tierra propio? Entonces no era posible contravenir aquel orden feudal, y de haberlo sido no fuera precisamente Cleto, el manso, quien perdiera su alma por el pecado de la codicia.

Cuando murió su padre de algo habría de servirle a Cleto el abolengo, pues el patrón le cedió la tierra en calidad de mediero, librándolo del escalafón de la peonada.

Entonces comenzaron las faenas de sol a sol, el ahorro casi avariento de la parte que le cabía en las cosechas y la esperanza de verse un día dueño de aquel trozo de tierra.

. * .

— Amo, quiero que me venda la tierrita que tengo a medias.

— ¿Que te venda la tierrita? ¿Sabes lo que estás diciendo?

—Claro que lo sé, amo; de otro modo no me atrevería a proponerle el trato.

—¿Pero con qué ibas a comprármela en caso de que quisiera vendértela?

—Amo, usted sabe que no iba a comerme yo solo todas las mazorcas que me tocan. Tengo algunos ahorritos.

Y sólo aquella vez tuvo Cleto el santo de frente o el diablo estuvo de visita en casa del patrón, porque éste aceptó venderle un pedazo de tierra, pero no aquel que el mediero trabajaba, sino uno de temporal en los límites de la hacienda.

—¿Si me llega a faltar agua del cielo me vende tantita de la presa?

—Si tienes con qué pagarla y la puedes acarrear ya hablaremos a su tiempo. Naturalmente desde ahora entregarás los animales y los instrumentos de labranza al nuevo mediero.

. * .

—Don Bruno, vengo a comunicarle que el amo me hizo favor de venderme una tierrita, pero como no tengo con qué trabajarla vengo a que su mercé me haga favor de prestarme unos centavitos.

Al gachupín le bailaron los ojillos entre las cuencas. Después de prolongado silencio preguntó:

—¿Tienes con qué responder o quién responda por ti?

— Quién responda por mí no, pero aquí están las escrituras del terrenito.

— ¡Mm! ¿Y cuánto quieres?

— Lo que su mercé me haga favor.

Y Don Bruno San Pedro, Caballero de Colón y gestor de negocios de la gente adinerada, impuso las condiciones del préstamo. Como la iglesia sólo permitía el uno por ciento él prestaba el dinero al tres, pues argüía que un tanto era el permitido por la iglesia, otro el que estipulaban las transacciones comerciales y el tercero para el dueño del capital, pues don Bruno decía ser hombre pobre y que por lo tanto no contaba con ningún dinero para préstamos.

. * .

En el camastro donde la pareja dormía, dialogaban mujer y marido:

— Te digo que no te afanes tanto, Cleto. Ahi está que no puedes dormir de cansado. A lo mejor un día de estos se le antoja al viejo no venderte más agua y entonces ni tu trabajo de acarrearla de tan lejos.

— Eso es lo que me apura, que a la hora de la hora se pierda la cosecha con que pensaba pagarle a don Bruno y me quite la tierra. ¡Y las malditas nubes nada que quieren escurrir!

— No digas eso, Cleto. Si no llueve es porque Dios no quiere que llueva.

— Lo mismo digo, pero a veces uno se desespera.

—No te aflijas, que al cabo los mocosos tardan en crecer y nosotros estamos fuertes todavía. No faltará en qué la emprendamos. Por lo pronto, con que al viejo no se le meta la idea de quitarte el agua todo está al otro lado.

Mas los temores de Sanjuana se cumplieron, porque el amo ya no quiso venderle agua al pobre Cleto, alegando que la de la presa apenas bastaba para el riego de sus tierras.

* .

En su alta mecedora de bejuco, el padre García, desgarrado y zangaruto como galgo, reposaba el desayuno de chocolate y bollos de huevo.

—Buenos días le dé Dios, padrecito —dijo una voz desde la puerta del despacho.

—Mejores te los dé, hijo —contestó el viejo galgo con fingida dulzura— Pasa. ¿Qué te trae por aquí?

—Vengo a que me haga un favor muy grande, padrecito.

—A Dios deberías pedirselo, que Él nos ha de favorecer a todos.

—Es que el dinero es de usted, padrecito, sin duda porque Dios se lo ha dado.

—¿De qué hablas, hijo? No te entiendo.

—Por ahí dicen que el dinero que me tiene prestado don Bruno es de usted, y yo quería que él me

diera una prorroguita, pero no quiere dármele y por eso vengo con usted.

— ¡Ave María Purísima! ¿Pero quién te ha contado semejante infundio? — le preguntó en su hablar campanudo—. Tú sabes que ministro de Dios soy y no tengo cosa alguna. ¡Bueno había de estar yo para agiotista! — Y los ojos del cura chispeaban detrás de los lentes con arillos de oro.

— Don Bruno me ha amenazado con quitarme mi territa si no le pago para el día último y yo no puedo pagarle ese día.

— ¿Y qué puedo hacer yo por ti?

— Quiero que usted le diga que me espere unos meses más, sólo unos meses, mientras levanto la cosecha de este año. A usted no puede decirle que no.

— Pero yo, precisamente por mi dignidad de eclesiástico no debo inmiscuirme en los negocios de las personas, sobre todo cuando se hacen dentro de lo que permite la santa iglesia.

— Es que yo no quiero perder mi territa, que es lo único que tengo y lo único que puedo dejarles a mis hijos. A don Bruno no le cuesta nada esperarme un tiempo más y usted sabe que yo soy hombre de bien y que no trato de cogerle ni un centavo. Si él me quita la tierra sabe Dios qué vaya a ser de mí — y al hombre le tembló la voz en un asomo de llanto.

— ¡Bueno, Bueno! Si tú te empeñas hablaré con don Bruno. Después de todo nada me cuesta, por más

que nada puedo asegurarte. Una cosa sí voy a pedirte, y es que alejes de tu mente ese falso testimonio de que el dinero es mío.

— Así lo haré, padrecito. Ya me voy, y no me cansaré de agradecer a usted el haberme sacado de este apuro.

— A Dios deberás agradecersele. Ve con él y pierde cuidado, que yo hablaré con don Bruno.

. * .

Y sí debió haber hablado con don Bruno el padre García, porque tres días después del señalado por el gachupín para el pago, y mediante una oportunísima diligencia judicial, fue puesta a remate la tierra de Cleto con todos sus enseres.

Como no se presentó ningún postor los bienes fueron a parar, "por adjudicación", a manos del propio don Bruno, hechas las deducciones consiguientes en favor de los leguleyos.

Con los ojos secos por lo súbito del procedimiento, el matrimonio y los chiquillos vieron desde la puerta del jacal cómo los buitres de la justicia daban al gachupín la posesión de aquella tierra, de aquellos animales y de aquellos objetos que siempre les habían parecido suyos.

La nube de angustia no había tenido tiempo de licuarse en lágrimas, como tampoco se licuaron en llu-

via las nubes que el año anterior estuvieron pasando sobre el campo.

. * .

Debajo de la higuera que se retorció junto a la puerta del jacal, Cleto pasaba los días sentado en una piedra, con la mejilla sobre el puño y los ojos clavados en la que había sido su tierra. Nadie la trabajaba y a nadie le importaba que se diera o se malograra la cosecha. El nuevo dueño tenía demasiados asuntos para ocuparse de aquel pedazo de tierra miserable.

Cleto ni se movía. Era como si la mansedumbre de su espíritu se hubiera corporizado en él. Sobre su cara triste podían pasearse las moscas a sus anchas, sin temor de la mano que pudiera espantarlas.

Algunos días después, Cleto acusaba síntomas de una fiebre biliosa, y poco más tarde un trapo negro, clavado sobre la puerta del jacal, daba cuenta del desastre.

. * .

Cuando la viuda lo enterró a perpetuidad en el cementerio del pueblo, tras de echar mano todas sus cosas y hasta de la última gallina, le dijo al cuerpo del esposo:

—Ora sí estarás contento, Cleto. Esta tierra sí es tuya, y ya nadie podrá quitártela.

LA MUERTE DEL CAPORAL

DESPUÉS de la última auscultación, el doctor Guerrero puso cara de solemnidad y en la bolsa derecha de su saco guardó el estetoscopio como un manajo de cu-lebras.

Desde el umbral de la otra pieza, la señora de la casa le dirigió una mirada interrogante, a la que contestó el doctor con un movimiento de cabeza negativo.

Notado esto por el paciente, se volvió hacia el médico:

— Oiga doctor, ¿qué de veras ya me está llevando la chingada?

— No puedo asegurarlo, pero sería bueno que arreglara sus cosas.

— ¡Ah que la chingada! Mira Austacia, tráeme la pistola para darme en la madre de una vez.

Doña Austacia acompañó al doctor hasta la puerta del zaguán y en seguida se dispuso a mandar por el padre Sánchez.

Cuando el cura llegó, vestido de civil, pero con su estola y su misal en la mano, como trastos de lidia, do-

ña Austacia le rogó dolorida:

— ¡Señor Máximo se muere, padre! ¡Por vida suya haga que se confiese!

— A eso vengo, doña Guacha. ¡Dios nos ayude!

En la pieza en penumbra el enfermo respiraba con dificultad. Una banda de luz hirió sus ojos, y al volverlos hacia el sacerdote lo recibió con estas palabras:

— Ya sé a lo que viene, padrecito, pero le aconsejo que no pierda su tiempo conmigo.

— Sólo vengo a saludarlo, don Máximo, y con ello no creo perder el tiempo. ¿Cómo va la salud?

— ¡Del carajo, padrecito! Y si de esta cama no he de levantarme ojalá que me muera de una vez.

— ¡Pero por Dios, don Máximo, si no está usted desahuciado! Además, agregó con remilgo, la misericordia de Dios es infinita y él puede devolverle la salud si en sus altos designios así lo tiene dispuesto.

— Por lo visto lo que tiene dispuesto es divertirse conmigo, pues ni me cura ni me mata.

— ¡Ave María Purísima! ¿Qué blasfemias son ésas? Usted necesita confesarse. ¿Desde cuándo no lo hace?

— Desde que me casé; pero le repito que no voy a confesarme ahora, ni siquiera con usted.

— En estos casos la confesión ayuda a la medicina. Descargue usted su conciencia y ya verá cómo se siente aliviado.

—No insista, padrecito. Dios sabe mis pecados y allá él si quiere perdonármelos.

—¿Pero no es usted tan devoto de la Santísima Virgen?

—Sí lo soy.

—Pues ahí la tiene. Haga cuenta que ella se lo manda.

—Pues si ella me lo manda la desobedezco.

—No es preciso que me diga sus pecados; basta con que tenga intención de confesarlos y me tienda la mano, para darle la absolución.

—Mi mano se la tiendo como amigo, pero no necesito su absolución.

. * .

Fue aquel mismo día cuando el viejo don Máximo Saldívar, alma sencilla y fuerte, llamó a su esposa para decirle:

—Mira Austacia, como ya sé que de esta cama no he de levantarme, quiero decirte que todo lo que tengo está a tu nombre. Puedes hacer con ello lo que se te antoje, y si te quedan ganas vuelve a casarte —doña Austacia pasaba de los cincuenta—. Nomás voy a pedirte dos cosas: que mientras tú vivas, nunca le falte el día ocho de cada mes su misa a la Virgen, misa solemne, con muchas velas gordas y mucho copal fino, y que nunca le falten sus pingüicas al perico. Con lo demás puedes hacer lo que quieras. Si te encuentras algún vivo que quiera calentarte la cama, yo no voy a venir a

descobijarte. Así que ya lo sabes: nada de que se te olvidan las misas y cuidado cómo me dejas sin pingüicas al cotorro.

Esas fueron sus últimas palabras.

* .

En un rincón de su cuarto, la viuda recordaba con pena sus años de casada. Un matrimonio sin plenitud, pero tranquilo. La falta de hijos nunca fue causa de rencores, pues tal había sido la voluntad de Dios.

¡Y no haber querido confesarse señor Máximo!
¡Con lo devoto que era de la Inmaculada Concepción!

La Virgen y el perico eran sus únicos amores, pospuesta la consideración que acaso sintiera por doña Austacia.

En la recámara grande — ya que la sala entraba en los dominios del Sagrado Corazón — tenía una imagen de bulto de la Inmaculada, como de un metro de altura. Una obra maestra de los tallistas de Apaseo, si bien un tanto heterodoxa, que los arrieros le trajeron por encargo personal para un ocho de diciembre.

Ingrávida de dulzura, con las finas manos sobre el pecho, la Virgen parecía elevarse por el aire que esponjaba su manto azul. Torcía el viento la blancura de su veste como cauda de nubes, y bajo sus pies, que apenas la tocaban, estaba la esfera terrestre, con sus continentes y sus islas color de rosa, con sus mares azules y sus polos nevados. Y aprisionando al mundo en una

doble espira, se enroscaba sobre él la serpiente paradisiaca, el demonio del Génesis, con una manzana entre las fauces.

Todas las tardes, al regresar del campo, don Máximo se sentaba en un equipal ante la Virgen, pues nunca se le vio de rodillas, y en su contemplación absorta comenzaban a moverse sus labios. Nadie sabía si rezaba de veras o simplemente monologaba, ya que don Máximo jamás iba a la misa que mandaba decir a la Inmaculada el día ocho de cada mes.

El perico era el santo de su otra devoción. Con éste conversaba siempre antes de comer. Era un loro grande, de amarillo copete, que le trajeron a doña Guacha de Tampico.

La vieja Silveria se las había arreglado para hacerlo hablar, y no sólo eso, sino que en su pedagogía cotorril había logrado que el loro contestara las preguntas que le hacían, con una voz chillona, como la de Silveria, y con las palabras apenas reconocibles entre un bosque de erres. En el corredor sonaba el diálogo más común entre la vieja y el perico:

- Lorito: ¿eres casado?
- Y en Verracruz presentado.
- ¿Tu mujer es hermosa?
- ¡Ay señorra, como una rrosa, como una rrosa!

Don Máximo metía la mano en la jaula para sacar al pajarraco. Con ademán estúpido, el loro circundaba con la pata el índice de su dueño como si fuera a triturárselo. Salía el verde de su prisión y entonces co-

menzaban a dejarse oír, entre él y el caporal, los diálogos compuestos o arreglados por Silveria.

Volvía el perico a su jaula, y en premio a su talento era obsequiado por don Máximo con un puñado de pingüicas y un mendrugo de pan que el loro desmoronaba con el pico, sin comer aparentemente ni una migaja.

Pero ahora allí estaba don Máximo mudo para siempre. En la recámara grande la Virgen seguía ensayando el vuelo, y en la jaula de barrotes de lámina el loro acompañaba el silencio de su amo.

. * .

En su caja de pino el caporal don Máximo Saldívar, vestido de cuero, lucía su rojo paliacate y su leontina de oro, debajo de un crucifijo de hojalata.

Mientras en la sala se oían los rezos de las beatas y el chisporroteo de los cirios, en la cocina de la casa la vieja Silveria, ayudada por una vecina entrometida, preparaba el café con aguardiente para los visitantes.

A la luz amarilla del aparato de petróleo conversaban las comadres:

—Oiga doña Silve, ¿quesque don Máximo no quiso confesarse?

—Ande, no quiso, por más luchas que le hizo el padre Sánchez. Eso es lo que más hostiga a la señora Guacha.

—¡Qué barbaridad! ¡Y tánto como quería a la Santísima Virgen el señor Máximo!

— ¡Dígame nomás! Eso es lo que no nos cabe en el juicio.

— Oiga doña, y aquí entre nos, ¿no se condenaría don Máximo?

— ¡Alabado sea Dios! A mí cada vez que pienso en eso se me enchina el cuero.

— Yo no lo he visto, pero dicen que tiene los cabellos parados.

— Yo tampoco he querido mirarlo, pero lo que sí vi cuando ayudé a la señora Guacha a vestirlo fue que no se le querían cerrar los ojos. Doña Guacha a cerrárselos y él a volver a abrirlos, hasta que por último se los dejó nomás entrecerrados.

— ¿No dice que no lo ha visto?

— Bueno, no lo he visto ya metido en la caja.

— ¿Y tuvo una agonía muy dolorosa?

— Yo creo que no, porque a la hora de la hora nomás se volteó pa' la pared y se peyó.

— ¡Ave María purísima!

— Fue lo último que hizo al salir de este mundo.

— ¡Bonita manera de entregar el alma al Creador!

— Él lo haya perdonado.

. * .

En el cementerio de Cantarranas hay una tumba con una lápida de mármol que tiene esta inscripción:

MAXIMO SALDIVAR

Vino al mundo el 8 de diciembre de 1864.

Entró en la paz del Señor el 12 de junio de 1926.

Su viuda le dedica este monumento.

EL GOLONDRINO

LO SACARON de la penitenciaría pardeando la mañana. Dijeron que lo llevaban a la reconstrucción de los hechos.

Subió todo descolorido al automóvil. En el asiento de adelante iban el chofer oficial y un pistolero; en el de atrás otro esbirro, él y "El Golondrino", Inspector General de Policía. Cuatro hombres armados contra un pobre indefenso.

El automóvil enfiló rumbo al norte por el camino de Angostura. Lo llevarían unos kilómetros haciéndole creer que se trataba de cumplir con la ley, pero él sabía otra cosa. Sabía que ciertamente se trataba de cumplir con la ley, pero con la "Ley Fuga", en la que "El Golondrino" era especialista. De ahí le vino el apodo, que a él mismo le hacía gracia, pues acostumbraba "despedir" a los reos peligrosos tarareándoles la pieza que suele tocarse a los que van de alguna parte.

Pretextarían una necesidad, una falla del automóvil o cualquiera otra cosa para detenerse y bajarse todos. Se harían disimulados como para darle una oportunidad de que escapara y ya encarrerado le

vaciarían las pistolas dejándolo como una coladera.

En su declaración "El Golondrino" diría que el reo trató de fugarse, que no hubo más remedio que disparar contra él y asunto concluido.

. * .

Este bribón y yo siempre hemos sido buenos amigos, pero no creo que quiera demostrarme su amistad en este trance. Esbirro al fin, le pagan por matar y él procura cumplir al pie de la letra su comisión, así se trate de dar muerte a su padre.

¡Y a mí que no sólo me parecía simpático, sino hasta pintoresco por su extremada ignorancia! Recuerdo aquella Exposición de Bibliografía Jurídica que presentó la Universidad. "El Golondrino" fue a pedir un ejemplar de la "Ley Fuga" creyendo que al fin podría conseguir uno, aunque fuera para sacar una copia. El encargado de la exposición se le quedó mirando al través de sus fondos de botella y le contestó con sarcasmo:

—No nos queda ninguno. Todos fueron adquiridos por el Gobierno.

Cuando la hija de "El Golondrino" cumplió sus quince yo pronuncié un discurso. La familia y él estaban orgullosísimos de tal distinción. La borrachera siguió hasta el día siguiente por cuenta y riesgo de "El

Golondrino", quien me llenó de elogios y de jaiboles. Pero ahora...

. * .

— Tra-ri-ra-ri...

— Sé que vas a joderme, "Golondrino". ¿Pero por qué no me das de veras una oportunidad de escapar? Tú y yo hemos sido buenos amigos.

— Ya lo sé, mano, y por eso te pido que no me comprometas. Tú sabes que yo tengo órdenes del viejo y que contra ellas nadie puede.

— ¡Pero si no te estoy pidiendo que me sueltes! No más te pido que tú y tus hombres no me tiren tan de cerca. ¡Quién quita y logre escapar vivo!

— Sí, mano, tú quedas vivo y yo quedo como un pendejo, o como un solapador tuyo, que es peor.

— Es que ya se han dado casos de escapatorias. Yo no sería ninguna excepción.

— A otros se les habrán escapado, mano, pero a mí no. Y si de verdá eres mi amigo no quieras que a mí me cuerne el toro.

— ¿De modo que tantos años que hemos servido juntos al Gobierno no significan nada para tí?

— Yo no tengo la culpa de que tú hayas abusado de la confianza del viejo, mano.

— ¿Pero en qué forma abusé de su confianza?

— Eso tú lo sabes mejor que yo, mano, y no tiene caso que ahoy lo discutamos. Yo sólo cumplo órdenes.

. * .

—¡Te digo que no, María Eugenia!

—¿Pero por qué no, si yo soy quien te lo pide? A veces pienso que no te gusto, que no me quieres o que te corre atole por las venas.

—Ninguna de las tres cosas. Conoces bien la situación de nuestras familias y yo prefiero esperar una ocasión propicia para hablar con tu hermano derechamente. Ya después seguiremos adelante.

—Pues si eso es lo que esperas tendrás que esperar sentado, porque como tú dices, conozco la situación de nuestras familias y estoy segura de que primero me matan o me encierran en un convento que dejarme casar contigo.

—No será para tanto. Ya lo ves, el mandamás es tío tuyo y sin embargo yo disfruto de su amistad y hasta de su protección. . .

—Sí, pero es porque te necesita. Le eres útil y te aprovecha. Además él es tan sólo mi tío político y nada tiene que ver con nuestros odios familiares.

—Pues por algo se empieza. Primero los parientes políticos y luego los otros.

—Lo que pasa es que tienes miedo de que te salga llorando el gusto.

—¿Y si así fuera, qué? ¡Muy mi miedo! ¡Perdóname! Te prometo que en mi próximo viaje hablo con tu hermano a como haya lugar.

En el agua del remanso se retratan las bellísimas piernas de María Eugenia. A contraluz del sol ponien-

te se le encienden los vellos, que parecen diminutos alfileres de oro. El agua me descubre partes íntimas de su cuerpo, que es dulce y cálido como la leche recién ordeñada. Su ropa huele a fruta, como su pelo, y sus ojos reflejan un paisaje de perspectivas ilimitadas.

“A veces pienso que no te gusto, que no me quieres o que te corre atole por las venas. . .”

Cuando abrimos los ojos María Eugenia tiene la piel iluminada por las estrellas.

. * .

— Tra-ri-ra-ri. . .

— ¿Entonces me niegas un último favor? Tú nunca me dijiste que no cuando yo te pedí un servicio, y a decir verdad fueron varios los que me hiciste.

— Sí, mano, pero es que ora me pides un imposible. Sin embargo, voy a demostrarte que soy tu amigo dejándote escoger la forma de morir.

— ¿Cómo está eso?

— Sí, mano. A éstos no los dejo que te disparen. Tú te me echas encima y yo te doy un balazo en la frente, o tratas de escapar y entonces te lo doy en la nuca. Ahí lo que tú prefieras.

— No me hace ninguna gracia tu ofrecimiento, pero de todos modos te agradezco la voluntad. ¡Bonito país éste, donde hasta por defender uno el pellejo lo matan como a una liebre!

. * .

— ¿Eres tú? ¿Pero qué rayos andas haciendo aquí?

— Dame una cerveza.

— ¡Qué cerveza ni qué ocho cuartos! ¡Lárgate antes de que te acribillen a tiros!

— ¡Te digo que me des una cerveza!

— ¡Y yo te digo que te largues! Nomás sabe “El Zarco” que estás aquí y se deja venir a liquidarte.

— Eso está por verse. Si tantas ganas tiene, bien sabe dónde buscarme.

— “El Zarco” no es de lo que matan de frente. Acuérdate de Licho Vidales.

— Yo no soy Licho Vidales. Y ultimadamente, ¿a él que le importa lo de su hermana y yo? Yo vengo por ella, y si ella quiere me la llevo porque me la llevo.

— ¿Cómo que qué le importa? ¡Si no ha sido por lo grave que la hermana se vio la matan a palos!

— Yo no tuve qué ver en eso y no tengo la culpa de que la muchacha se haya asustado a última hora.

— Ya sabrás que ahorcaron a la comadrona, dizque por robarla. . .

— De eso tampoco tengo la culpa.

— ¡Así quería encontrarte, jijo de tu. . .”

Yo lo maté en legítima defensa. Le consta al cantinero. Si tantito me tardo en sacar el cuete me madrugada.

. * .

— Tra-ri-ra-ri. . . Yo creo que por aquí está bueno. Párate de una vez.

El automóvil hizo un débil viraje hacia la derecha y se detuvo sobre el acotamiento. Por las cuatro portezuelas salieron cuatro hombres con sus pistolas amartilladas, por si acaso. Al último salió corriendo un hombre desarmado.

Y "El Golondrino" cumplió fielmente su palabra, pues el fugitivo cayó boca abajo con un solo agujero en la nuca.

EL DIA DE LA RAZA*

FECHA digna por todos los conceptos de conmemoración es ésta del 12 de octubre, que nos recuerda el día en que la audacia de un aventurero genial cambió para siempre la situación espiritual y material del mundo.

Nos dice la historia, depurada ya de algunos errores de apreciación crítica, que el descubrimiento del Nuevo Mundo, lejos de ser la confirmación de una teoría rigurosamente científica, basada en la concepción clásica de la esfericidad terrestre, fue el resultado de una equivocación geográfica, ya que el propósito de Cristóbal Colón, al lanzarse a la mar, no era el de descubrir nuevas tierras, sino el de llegar a las fabulosas Indias Orientales por un camino más corto; pero he aquí que en aquella madrugada decisiva de 1492, surgió de pronto ante los ojos del almirante, mostrando

* Discurso pronunciado en la Sesión Solemne del H. Congreso de la Unión, con motivo del "Día de la Raza", en la Cámara de Diputados, con asistencia de los Senadores, de los Secretarios de Estado, de los Ministros de la Suprema Corte de Justicia y del Cuerpo Diplomático, el 12 de octubre de 1948.

en los hervores de las aguas oceánicas todo el esplendor de su desnudez virgen, aquella isla salvadora, que fue como la primera página de una epopeya que habría de culminar con el descubrimiento del continente indiano, para convertir a la España de Fernando e Isabel en la primera potencia colonizadora de la tierra. (Aplausos) Y aquel victorioso estandarte, el mismo que Balboa clavó después en el Mar Pacífico, parece que hubiera reflejado en el firmamento la cruz latina que ostentaba, porque en aquel entonces la constelación de la Cruz del Sur bien pudo ser un símbolo celeste para decir al mundo el poderío de España. (Aplausos)

Y comenzaron las fatigosas peregrinaciones de los pobres misioneros, de aquellos varones de perfecta aristocracia espiritual, como Gante y Sahagún, como las Casas y Motolinia, que hambrientos y descalzos ahondaron los caminos de México, participando muchas veces en los juegos infantiles para aprender los distintos idiomas y así tener a flor de labio no el sermón inquisitorial, sino un mensaje de luz y de amor entre los hombres. Por eso, cuando sobre la piedra de sacrificios, enrojecida por la sangre de tantas víctimas, corrieron las aguas lustrales del bautismo, los indígenas asistieron, más que a la iniciación en otra creencia religiosa, a lo que sería, por lo menos en el ánimo de los frailes, la clausura de la barbarie.

A este mérito de la Conquista debe aparejarse el del cruzamiento entre indios y españoles. Este solo acto empequeñece un tanto los actos de brutalidad cometi-

dos por los conquistadores, y debemos sentirnos satisfechos de que en esta Conquista no se haya hecho caso, como se hizo y aún se hace en otras, de los absurdos complejos raciales, que no sólo niegan, sino que rebajan y envilecen la calidad humana. (Aplausos)

Vino aparejada la conquista militar del continente, el paso de los centauros por las tierras absortas, cuyos pueblos veían derrumbarse los monumentos de su cultura vernácula, para dar cimiento a las fábricas de la más pujante cultura europea. Entonces fue cuando la alegre cal de los soldados españoles se mezcló con la arena triste de las mujeres indias, argamasa del mestizaje, del hombre nuevo que heredó las pasiones de Corteses y Cuauhtémocs, forjador de la sonora poesía que anudaba en el espacio las voces de Garcilasos y Nezahualcóyotls.

Es probable que el descendiente inmediato no haya sido igual o superior a sus progenitores; a lo contrario: por la diferencia misma de caracteres étnicos y psicológicos, como supone sin fundamento la sociología, el mestizo cargó con la herencia de los defectos más que de las virtudes de sus ancestros. Por eso el hombre indoamericano caminó al través de las centurias sin vislumbrar su destino, hasta que por fin parece orientado hacia el punto que polariza sus aspiraciones, y es porque con el tiempo, aquella nostalgia de lo indígena destruido y aquel rencor hacia lo español imperante, se han ido suavizando en su alma, hasta dejar en la nuestra el sedimento espiritual que enciende ahora nuestro amor a España. ¿Por qué no decirlo? Nuestros

abuelos indios fueron más felices enraizados en el paganismo de su cultura neolítica, que trasplantados al cristianismo de la cultura renacentista. Pero nosotros, que ya hemos salvado ese escollo, estamos convencidos del bien que nos trajo la Conquista, y hoy por hoy lamentamos el aniquilamiento espiritual de aquella vasta nación, madre generosa de un mundo nuevo, flor y espejo de los países conquistadores. (Aplausos)

Desgraciadamente, nunca habían encerrado una realidad más tremenda que la de ahora, las coplas que Jorge Manrique compuso en el siglo XV:

*¿Qué se hizo el Rey Don Juan?
Los Infantes de Aragón
¿qué se hicieron?
¿Qué fue de tanto galán,
qué fue de tanta invención
como truxeron?*

Hoy los hábitos venerables de aquellos misioneros ilustres y paupérrimos, parecen mecer sus harapos en los troncos de las duras encinas castellanas; aquellos aceros toledanos, que ciñeron fidalgos capitanes, hoy tiritan bajo el polvo, como los viejos cuchillos del romance garcialorquino; y aquella lengua maravillosa de Castilla, que sirvió para componer aquel Romance-ro, aquella Celestina, aquel Don Quijote, hoy sólo serviría para pronunciar una oración fúnebre por las libertades públicas de España. (Grandes aplausos)

Mas por fortuna, el verdadero nervio español vive todavía, porque en América tiene prolongaciones en

veinte repúblicas hermanas; porque el león ibérico regó su especie en los caminos del mundo; porque no es lógico que el pueblo que enseñó a hablar a un continente no sea hoy capaz de proferir una palabra contra la tiranía, y porque es imposible que una patria que no vio ponerse el sol en sus dominios, no conserve siquiera un resquicio por donde se le filtre un último rayo de esperanza.

Por eso nosotros, americanos que sentimos arder en nuestras arterias la sangre de España eterna, tenemos fe en el triunfo de la hispanidad auténtica, y esperamos el establecimiento de una nueva república española bajo las banderas rebeldes. (Grandes aplausos) Día llegará en que este puñado de naciones latinas devuelva a la madre común el legado de amor a la libertad que recibió de ella.

Mexicanos: Hoy que se cumple otro aniversario del descubrimiento del Nuevo Mundo, dejemos que la sangre de los que murieron por defender la dignidad española en la última guerra civil, venga a mover el corazón de América, y que los abiertos caminos de este joven continente sean las rutas felices por donde venga a inundarnos el dolor de España. De este lado del mar hay un horizonte que espera confiado en el espíritu español; dejemos que cuando éste resurja vuelva a nuestra América, y entre en ella por las puertas de México, como por la puerta principal de su propia casa. (Grandes y prolongados aplausos)

DISCURSO PRONUNCIADO EN LA DEVELACION DEL MONUMENTO A MORELOS

CONTEMPLAR la estatua de un gran insurgente es como advertir la solemne presencia de la patria. Estamos ante el monumento erigido a José María Morelos y Pavón, "héroe máximo, augusto, legislador, victorioso, el primero y más alto de los mexicanos — al decir de Teja Zabre — porque tuvo los golpes de genio que faltaron a Hidalgo; el prestigio militar, que no conoció Juárez; la victoria, que negó a Degollado sus laureles; la muerte luminosa y tremenda en aras de la patria, que no fue concedida por el destino a Zaragoza para coronamiento de su vida heroica." Ataviado con todas estas excelencias, hoy se levanta su sombra del cementerio en que reposan los colosos de América, como Washington y Lincoln, como Bolívar y San Martín.

En el aspecto militar de Morelos, no citaré las tan conocidas palabras de Bonaparte; sólo diré que su obra fue la de un predestinado, y que sin sus campañas de general auténtico no se hubiera realizado la Independencia. Por eso, desde que apacentaba su rebaño en los montes del sur, sintió que sobre sus hombros descansaban los destinos de México y se lanzó a con-

quistarlos al través de duras peregrinaciones, como aquellas que culminaron en las gloriosas batallas de El Veladero, Acapulco, Oaxaca y Cuautla, entre otras, que fueron marcando la órbita de la libertad como amapolas ardientes arrancadas a las tierras de México por las manos del caudillo, para juntarlas en un solo haz de corolas sangrantes y depositarlo en las ya liberadas manos de la patria. (Aplausos)

En el aspecto político basta para consagrar a Morelos la Constitución de Apatzingán, que rompió de un solo golpe y para siempre nuestra dependencia de España. Ciertamente, cuando en Zitácuaro Hidalgo y Morelos discutían el proyecto de constitución y el propio Cura Hidalgo invocaba a Fernando VII, pidiendo que se hiciera cargo del gobierno de México un infante español, la voluntad del gran Morelos se impuso, y en un acto de justa rebeldía manifestó su ferviente deseo de librar a México del despotismo español, y de llevar al poder a un gobierno republicano, emanado de la soberanía popular. Y parece que de la oposición de aquellos caracteres hubiera brotado la chispa que fue a encender en 1813 el Congreso de Chilpancingo, en donde se leyó fervorosamente, como en un grito de libertad suprema, el acta de nuestra Independencia Nacional. (Aplausos)

Pero lograda la emancipación, México necesitaba de una guía que lo orientara en su carrera institucional. Entonces José María Morelos realizó, en octubre de 1814, el Congreso de Apatzingán, que expidió la constitución del mismo nombre. Ciertamente que de-

bido a las derrotas militares del caudillo, aquel documento no hubo de regir los destinos de México, ya que por real acuerdo el Virrey lo mandó quemar públicamente; pero aun con influencia de la de Cádiz y todo lo demás, nadie puede negarle el mérito de ser la primera constitución mexicana, y la fuente en donde fueron bebiendo sus mejores esencias legislativas todas las constituciones que vinieron posteriormente.

Aparte de poner en práctica la teoría de la división del Estado en tres poderes, como la concibieron Locke, Montesquieu y los revolucionarios franceses; aparte de consagrar el alto principio de la soberanía popular, la Constitución de Apatzingán es plausible por tres de sus puntos fundamentales: por la prohibición del parentesco entre los funcionarios del país, cosa que debía de acabar con el nepotismo, o sea el odioso sistema de repartir los puestos más jugosos del gobierno entre los miembros de una sola familia; por la implantación de los Juicios de Residencia, o sea la facultad concedida por las provincias a ciertos miembros del congreso para conocer del manejo de los cargos oficiales, procedimiento éste muy superior a la teorizada Ley de Responsabilidades; y por último, y en forma principalísima, por el azote radical que dió a los privilegios de clase al declarar para todos los hombres la igualdad de derechos civiles. (Aplausos) Tal era el espíritu de este hermoso pensamiento puesto por Morelos en la declaración de principios del congreso: "Como la buena ley es superior a todo hombre, las que dicte nuestro congreso deben ser tales que obliguen a

constancia y patriotismo, moderen la opulencia y la indigencia, y de tal suerte aumente el jornal del pobre, que mejore sus costumbres y aleje la ignorancia, la rapiña y el hurto.”

Y bien, ¿cuál fue la recompensa a los trabajos de este hombre excelso, para hacer que México floreciera como rosa inviolable en el campo de la concordia y del progreso? Sólo por una mera curiosidad quiero leer aquí dos breves párrafos del infamante, y más que infamante, ridículo proceso instaurado a Morelos por la llamada “Santa Inquisición”. Dice el proceso:

“En lugar de reconocer y mantenerse fiel a tantos beneficios que recibió de Dios, el reo abusó de todos ellos separándose del santo ejercicio de pastor de almas para convertirse en lobo carnicero.”

“Este reo —¡aludiendo al Generalísimo!—, es hereje formal, fautor de herejes, apóstata de nuestra sagrada religión, atéista, materialista, deísta, reo de lesa majestad divina y humana, libertino, excomulgado, sedicioso, revolucionario, cismático, enemigo implacable del cristianismo y del Estado, seductor, protervo, lascivo, hipócrita, astuto, traidor al Rey y al papa, pertinaz, contumaz y rebelde al Santo Oficio.”

Jamás podrán quitarse este baldón quienes juzgaron de tal manera a un héroe como aquél, “la figura más significativa de la independencia”, como lo apellidó don Carlos Pereyra. Mas por fortuna sus gloriosas cenizas fueron como abono sagrado que habría de re-

verdecer con los años los délficos laureles que hoy coronan sus sienes de padre de la patria. (Aplausos)

Gran Cura de Carácuaro, generoso insurgente:

Puede variar el curso de la historia como puede variar el pensamiento de los hombres; pero la gloria que te cabe como prócer de nuestra Independencia, ha de permanecer incommovible en el tiempo, como incommovible es en el espacio este monumento que te erige el gobierno de San Luis. Esta efigie tuya está construida con piedras arrancadas al corazón de las montañas de América, para hacer más fervorosa la ofrenda de los tuyos. Aquí estás otra vez, erguido bajo el firmamento, para hacer que tu antorcha libertaria brille sobre las candilejas de todos los fanatismos, y para hacer que tu sagrada bandera resplandezca sobre los desteñidos harapos de todas las inquisiciones. Sigue siempre de pie sobre nuestro horizonte, como encina solitaria bajo cuya fronda se cobijen los más puros anhelos de México. Grande fuiste en la vida y grande eres en la eternidad; por eso, si en tu sacrificio la laguna de San Cristóbal Ecatepec, como dice la leyenda, dilató sus aguas para lavar tu sangre y purificarla en el cristal de sus ondas, hoy se dilata el culto del pueblo mexicano en torno de tu imagen, para purificar tu recuerdo en la conciencia de los hombres libres. (Aplausos y dianas)

24 de septiembre de 1949.

DISCURSO PRONUNCIADO EN LA DEVELACION DEL MONUMENTO A JUAREZ

TODAVIA las manos artífices del escultor Joaquín Arias no concluían de patinar el bronce que resucita la figura de Juárez Benemérito, y ya comenzaban a florecer, en esta primavera del homenaje, los fervores del pueblo. Es que costaba trabajo hallar, para rubor de esta ciudad juarista por tradición y por derecho, un busto del Patricio, humilde como su origen y olvidado en uno de tantos rincones solitarios. Mas creciendo en silencio como los volcanes y los pueblos oprimidos, como las inundaciones y las banderas rebeldes, salta hoy desde aquel oscuro rincón hasta el centro de los caminos nacionales, como supo saltar desde su mínimo Guelatao hasta las páginas más convulsas de nuestra historia. San Luis debía un gran homenaje a su recuerdo, y aquí está ya su imagen dominando todas las distancias, con el rostro hacia el sur, como cuando volvía de su destierro, y tras de firmar en esta ciudad la denegación del indulto al príncipe ilusorio, llevaba en las manos indígenas el pabellón de la República triunfante. (Aplausos)

Personas ignaras o resentidas, cuya sola ocupación consiste en censurar sistemáticamente los actos

del Gobierno, juzgan a éste de despilfarro cuando invierte los fondos públicos en monumentos como el que hoy descubrimos; pero ¿qué el culto a los héroes y a los patricios no debe formar parte importante de todo programa administrativo? ¿qué la enseñanza de la verdad histórica no debe ser capítulo esencial de todo sistema educativo? En México faltan todavía muchas escuelas; muchos de nuestros pueblos carecen de agua; numerosas familias son víctimas de la insalubridad, y nuestras instituciones de cultura se debaten en una pobreza vergonzante; todo esto es dolorosamente cierto; pero ¿qué al lado de los esfuerzos que se realizan por superar tanta miseria no es justo avivar el culto hacia los muertos ilustres, que constituyen el sedimento espiritual de nuestra nacionalidad? Una forma de perpetuar la memoria de nuestros próceres consiste en erigirles monumentos, que vienen a ser, en opinión de Alfonso Reyes, "las aras por excelencia de la ceremonia social. Sin ceremonia, las civilizaciones padecen. La carrera institucional de los pueblos no es más que un progreso de ceremonias." San Luis Potosí cuenta desde hoy con un ara digna de quien la ocupa, y ante ella ha de inclinar la frente populosa para rendir tributo de veneración al más incommovible salvador de la Patria: Benito Juárez. (Aplausos)

Sitiado de cactáceas y de corolas familiares, desde hoy es fiel guardián del Camino de la Constitución, como hace un siglo lo fue de aquel Código Supremo. En efecto, si Juárez nada tuvo que ver con el texto constitucional de 57, lo cierto es que sin su alta magistratu-

ra, las voces parlamentarias de Arriaga y de Zarco, de Mata y de Ramírez, entre otras, no hubieran sido más que los ecos apagados del clamor popular; y la consagración de los derechos humanos, el triunfo del federalismo, la consolidación del Juicio de Amparo y la plena potestad del Estado, no hubieran sido sino vanas quimeras de una de tantas constituciones ineficaces de esta dichosa América, dichosa América en la que, al decir de Fray Servando Teresa, se expiden los más hermosos ordenamientos legales, ordenamientos que jamás se cumplen. Mas al dar vigencia el Presidente Juárez a la Constitución de 57, y al complementarla con las Leyes de Reforma, no sólo frenó los abusos del confusionismo imperante, no sólo salvó al país de las marionetas del imperialismo europeo, sino que rescató para siempre la dignidad y el decoro de la Nación. (Aplausos)

Han pasado cien años desde la muerte del Patrio y todavía su figura se discute con pasión, lo que no ha servido sino para confirmar su grandeza; el hombre mediocre, el buen burgués incapaz de cualquier audacia, no puede temer el juicio de la historia; el olvido y nada más será su pena. Juárez, en cambio, ha resistido con creces una discusión centenaria entre dos facciones enemigas que lo deforman igualmente: la reacción clerical y la jacobinería rezagada. La primera con su resentimiento, con sus ficciones y con la semilla de odio que siembra dolosamente en el corazón escolar de nuestros niños; la segunda con su fanatismo, con sus desafueros y con el afán de aparecer en toda ceremo-

nia como albacea republicana del Patricio. No, señoras y señores. A estas alturas, la tesis del maestro Jesús Urueta nos sigue pareciendo verdadera: Juárez no fue una encarnación satánica del infierno católico, ni un santo más del calendario demagógico; no fue un dictador ni un cismático; fue sólo un reformador de gran calidad humana, cuya política obedeció a un principio fundamentalmente económico para lograr un fin predominantemente moral, que se tradujo en el castigo de todos los privilegios y en la exaltación de todos los derechos. (Aplausos)

Esta actitud de orden y de paz debe ser la norma que sigan los buenos gobernantes. Bello el pensamiento del señor Presidente Ruiz Cortines cuando expresa: "El culto a nuestros patricios debe servirnos para guiar nuestra conducta diaria. Si no podemos emularlos, debemos al menos imitarlos en el presente y en el futuro." En San Luis Potosí, al erigir un gran monumento a Benito Juárez en esta época ideológicamente incolora, en esta época de culto externo y de tolerancia excesiva, el gobierno constitucional de Don Manuel Alvarez no sólo aviva la memoria del Patricio, sino que el propio gobierno reafirma su postura ideológica de avanzada, más allá de un liberalismo estacionario, en el plano ascendente de una revolución actuante, que pugna todavía por el mejoramiento de los humildes y por el triunfo de la justicia social. (Aplausos)

Juárez está presente para inspirar a los gobernantes, y a lo largo de la perspectiva histórica y a la luz de la verdad contemporánea, que lo aclaran y lo definen,

podemos admirarlo ahora, impasible en toda su grandeza telúrica, y bien podemos trazar de él las más elogiosas definiciones: Raíz indígena y aspiración secular de nuestra raza; anticipo y complemento del orden constitucional; plataforma y capitel de la República. Y en esta mañana azul del homenaje, nada más oportuno que transcribir aquí el juicio que la prensa republicana de Francia, contrastando la política imperial franco-prusiana con la franco-mexicana, publicó a raíz de la muerte del Patricio, y que *El Monitor Republicano* de México tradujo en su edición de 30 de agosto de 1872: "Un hombre que ha desempeñado un gran papel en su país, y cuyo nombre está mezclado a nuestras desgracias y a los desastres de la política imperial, acaba de morir al otro lado del océano, en ese México en donde quedaron los cadáveres de tantos soldados franceses. Ese hombre es Juárez. Ese hombre que tenía sangre india en las venas, defendió la independencia de su país, con la perseverancia e indomable energía de las razas primitivas, no desesperando jamás de la salvación de su patria y de la heroica victoria, aún en las horas más tristes de la derrota, dando así a los que tuviesen que luchar contra la usurpación o la invasión extranjera, un ejemplo en el que los hombres del 4 de septiembre no supieron inspirarse y no pudieron seguir. Ese no soñaba en enternecer al invasor victorioso con lágrimas, semejantes a las que el Vicepresidente del Gobierno de la defensa nacional derramaba en la mesa del Rey Guillermo, en Ferrières. Ese no engañó las esperanzas de sus compatriotas

y el valor de sus soldados y no perdió en palabras el tiempo que necesitaba consagrar a la acción. Nos había enseñado cómo se puede vencer, cómo se arroja al extranjero, cómo se castiga a los usurpadores. La lección de nada nos sirvió. Pero cuando menos debemos respeto al hombre que nos la había dado. Ese abogado, ese indígena, fue el que causó la primera herida a la insolente fortuna del hombre de diciembre, y las balas que hirieron en Querétaro al príncipe Maximiliano, al atravesar el pecho imperial, vinieron a agujerar el prestigio del cesarismo que había cogido a Francia entre las redes del golpe de Estado. El Emperador de Sedán al entregar su espada al rey de Prusia, sólo le daba un fragmento. Juárez la había roto antes. Ese hombre tuvo que combatir a Francia, tenemos que deplorarlo, y nuestra vergüenza, no es haber sido vencidos por la enérgica y audaz perseverancia de ese patriota mexicano; es haber merecido la derrota. Juárez cumplía con su deber de patriota y de magistrado. Tenía que defender su patria y la República. Pudo ser el enemigo del Imperio; no puede ser el enemigo de Francia, que debe respeto a la memoria de ese hombre cuyo ejemplo nos enseña cómo se defiende el derecho y cómo se salva a la patria." (Aplausos)

Gran Padre de la Patria: "Todos los caminos llevan a Roma", dice el refrán antiguo; felices estas tierras de México, en donde todos los caminos desembocan en el sitio de tu imagen gloriosa. Todavía la luz amarilla del sol enciende tus huesos, y los hace florecer como crisantemos iluminados a lo largo de los senderos

del mundo. Desde ahora, nuestros ojos abismados te verán todos los días presidir las labores de esta patria que es tu casa y la nuestra, y en el diario ejercicio de tu lema pacífico hemos de descubrir nuestro destino, transidos como estamos de esperanza y de miseria, de paisajes y de flores. No nos dejes nunca de tu mano paterna; y si algún día el terremoto humano vuelve a conmover nuestra entraña social, exclamaremos como el poeta en las horas aciagas de la República: "¡De pie, señor de pie!", y al conjuro de tu palabra han de dispersarse las sombras enemigas, como al soplo del huracán huyen las tempestades, con su coro de nubes derrotadas. (Aplausos y dianas)

20 de abril de 1958.

DISCURSO
PRONUNCIADO EN EL HOMENAJE AL AÑO DE
LA CONSTITUCION DE 1857 Y DEL
PENSAMIENTO LIBERAL MEXICAÑO,
EL 28 DE MARZO DE 1967 EN EL
CONGRESO DE LA UNION

Señor presidente,
Señores gobernadores,
Señores senadores,
Señores diputados.
Señoras y señores:

ES UNA fortuna para un ciudadano de México el venir a la tribuna más prestigiosa de su patria y sumar su voz a la de quienes han elogiado y elogiarán la vida y la obra de los autores de una constitución. Pero, después de las discretas razones que hemos oído en las pasadas juntas, y antes de las que habremos de escuchar en sesiones futuras, ¿qué cosa nueva podría decir sobre tema tan arduo la palabra de un legislador en quien ciertamente ha podido menos la preparación que el entusiasmo? Yo, como representante por San Luis Potosí, como paisano de quien hace un siglo fue Presidente de la Comisión de Constitución y alma de aquel congreso, quiero decir su obra, y con el mismo amor de los cinceles que pulen la piel de mis canteras, entraña berroqueña de mi patria, he de cantar ahora el claro nombre de Ponciano Arriaga.

Ajeno a la más leve pretensión doctoral, aludiré tan sólo la enseñanza laica, al derecho a la tierra y al juicio político, tres ideales que el maestro hacía suyos al aportarlos al congreso constituyente.

Sorprende ver que en una época ciertamente saturada de efervescencia liberal, pero en la que pesaban considerablemente algunos atabismos, un hombre, el mismo que había preconizado la libertad de conciencia, consignada en el artículo 15 del proyecto de constitución, clamase más de una vez por la enseñanza laica, y es que el maestro Arriaga, conocedor de la obra del ilustre sociólogo mexicano padre José María Luis Mora, que fue quien primero pugnó por el establecimiento en nuestro país de la educación laica, preveía y prevenía los excesos de la facción sectaria. En México se confunde frecuente y dolosamente la libertad de conciencia con la libertad de enseñanza, y para evitar en lo posible esta confusión lamentable, Ponciano Arriaga, que abrazó la primera, se pronunció por el laicismo en la educación, con lo que dejó trazada para siempre su integridad espiritual. Cristiano sí; pero en la acepción moral del vocablo, que es la única valedera y significativa. (Aplausos)

En el voto particular que sobre el derecho de propiedad leyó nuestro legislador ante el congreso, el 23 de julio de 1856, se habla, por primera vez con hondura y coherencia, del derecho del campesino sobre la tierra que trabaja. Es otra vez el espíritu del gran Morelos, pero ahora sustentado sobre bases racionales y

sólidas, y es que ante los ojos transidos del legislador surgía, real en su dramática plenitud, el lacerante espectáculo de nuestros campos, creado por los mandarines españoles de la época colonial y continuado por los mandarines mexicanos que suspiraban por la prolongación de la Colonia. ¿De qué serviría dar al pueblo una y cien constituciones, cuando este se debatía entre la odiosa explotación de los de arriba y la triste servidumbre de los de abajo? ¿De qué serviría proclamar los más bellos principios de la legalidad ante un pueblo hambriento, en el que los pobres jornaleros, ni siquiera dueños de su persona, mucho menos lo eran de los frutos de su trabajo? La cólera del legislador resonaba orgullosa, como un tambor guerrero, y estremeciendo los muros de la fábrica y del taller clamaba por las prestaciones a los artesanos y a los campesinos, y por el establecimiento de escuelas prácticas, de colegios, de bancos populares y agrícolas. La tierra de quien la labra, el pan de quien lo trabaja, la luz de la verdad en todo, y sobre una fraternidad de ciudadanos libres, la protección y el amparo de la República. (Aplausos)

Y el Juicio Político, que acaso era un trasunto de los Juicios de Residencia instituidos por la malograda Constitución de Apatzingán, venía a ser también, en cierto modo, presunto fiel de nuestra peregrina Ley de Responsabilidades. Un funcionario público no es ni debe ser un privilegiado que aproveche la investidura oficial para su impunidad y su medro personales. Un funcionario público, supuestas la consideración ciuda-

na y la justa retribución económica que deben otorgársele, es o debe ser un servidor del pueblo, que sepa responder en todo tiempo del cargo que ostenta, y cuando incurra en faltas graves o en enriquecimientos inexplicables, un tribunal competente, integrado por un representante de cada entidad federativa, conocerá de sus vicios y el Congreso de la Unión dictará las sanciones correspondientes.

Pero de estas ideas aportadas al congreso constituyente por Ponciano Arriaga, ninguna logró corporizarse en la forma de un precepto constitucional. Derrotado el maestro en sus lides más nobles, roto casi el navío, como en el verso de Fray Luis, se retiró a la orilla, para ver confundirse sus ensueños. Pero en el espíritu de los legisladores quedaron vivos aquellos fermentos, y al correr de los años, al volar de los días, los náufragos ideales del maestro habrían de resurgir del proceloso mar de la política, limpios de las espumas de la lucha parlamentaria, flameantes como banderas desplegadas. ¡Dichosas derrotas, que al trocarse en victorias en los artículos 3o., 17 y 123 de la Constitución de 17, vinieron a suavizar un tanto el hambre y la miseria que han sido y siguen siendo los dictadores seculares de nuestro pueblo! Por eso exhaltamos hoy el recuerdo de Ponciano Arriaga, porque a la luz de la enseñanza laica, de la reforma agraria y de la dignidad obrera, podemos admirarlo no como una cumbre violenta y brusca del pensamiento libre, sino como el mirador altísimo desde el que se podían vislumbrar las más claras conquistas del dolorido pueblo mexicano.

Yo, que vengo de la dura tierra del maestro, hago estallar su nombre como una flor de cactus en este día de marzo, y si al decir sus ilusiones callé sus realidades, fue porque al fin de mi discurso quiero cantar el nombre del patricio, que, sin ser autor de la constitución, supo enaltecer sus prestigios y darle vida perdurable.

“El respeto al derecho ajeno es la paz.” Padre Juárez: ¡Qué lejos se quedó la voz con la que pronunciaste estas palabras, pero qué cerca vibra aún el eco de tu pensamiento! La luz de tus huesos sigue blanqueando los caminos del mundo, y nosotros te vemos todos los días presidir la paz de esta patria, que es tu casa y la nuestra. Aquí estás otra vez; aquí está tu presencia como nube serena, bañándonos de fe en nuestro destino. Tú que llegaste a la vida con el amable cortejo de nuestra primavera, no nos dejes nunca de tu mano paterna; sigue siempre entre nosotros, y si vuelves tus ojos al gran mural de América que es nuestro México entrañable, verás cómo en el diario ejercicio de tu lema nuestro pueblo trabaja por superar sus miserias, y verás cómo te entrega bajo los cielos y sobre los campos de tu República, no un fúnebre doblar de campanas sombrías, sino un creciente júbilo de labores y esperanzas. (Grandes aplausos)

PROLOGO DE LA
*ANTOLOGIA DE POETAS
POTOSINOS CONTEMPORANEOS*

ARRANCAR del año de 1910 para la formación de una antología de poetas potosinos contemporáneos no deja de ser convencional, pues si bien desde ese año los ideales de la Revolución Mexicana abrieron nuevos rumbos a la literatura nacional, sobre todo a la novelística, en cambio en la poética no han logrado hasta ahora un movimiento digno de consideración. El motivo por el cual se parte del 10 en esta antología obedece a que una vez realizada la obra de Manuel José Othón (1858-1906), que logra algunos de los mejores poemas mexicanos, el paisaje lírico de San Luis cambia y se integra en el medio siglo con las corrientes de postmodernismo y las aportaciones de las estéticas actuales, sin que esto quiera decir que en ese tiempo ya no influyan escuelas anteriores, pues todavía, por razones de temperamento y por diferencia de culturas, esas influencias se hacen sentir en algunos poetas que aún escriben.

Se incluye en esta antología no sólo a los nacidos en la entidad, muchos de los cuales residen en la metrópoli, aunque salieron del terruño plenamente

formados, sino también a los poetas potosinos por nacimiento que lograron su formación en otras partes, como Antonio Castro Leal, y a los nacidos fuera de San Luis, pero que por haberse formado aquí nos pertenecen: Edmundo Báez, por ejemplo. En cambio, no creo que nos asista derecho para apropiarnos la obra de Ramón López Velarde, quien llegó a San Luis en pleno desarrollo poético y cuyos mejores frutos se dieron en la capital de la república. Tampoco nos pertenece, por habernos llegado aún más desarrollada, la poesía místico-erótica — más erótica que mística —, de Concha Urquiza, no obstante haber alcanzado sus más altos registros durante los cinco años que Concha residió en la capital potosina.

Por su prolongada residencia en esta ciudad —treinta y seis años—, el árcade romano Ignacio Montes de Oca y Obregón (1840-1921), nos corresponde; pero, a pesar de su cercanía en el tiempo, no lo incluyo porque considero que su obra poética queda localizada en el movimiento neoclasicista del siglo pasado. Por otra parte, no debe negarse que de todos los aspectos del gran humanista, el menos valioso es el de su propia poesía. También al siglo XIX pertenecen los únicos poemas representativos de la obra de Francisco de Asís Castro (1860-1933), por lo que tampoco se incluyen aquí. Potosino de nacimiento, Castro fue, nada más por circunstancias cronológicas, el puente local tendido entre Othón y los poetas postmodernistas.

Ante las serias dificultades de agrupar a nuestros poetas por escuelas, ya que la poesía potosina se distin-

gue por la individualidad de sus autores, que aun cuando beban de las mismas fuentes difieren en su obra personal, he preferido tratarlos separadamente, siguiendo el orden cronológico y anotando de paso las principales influencias por ellos recibidas.

Abre esta selección Jorge Adalberto Vázquez (1886). Frecuentador de los clásicos españoles, de ellos ha heredado la ponderación y el decoro formal, y con estos atributos, lejos ya del sentimentalismo juvenil, elabora una poesía mesurada y correcta. En él, lo mismo que en los poetas de mucha obra, con frecuencia se pierde en intensidad lo que se gana en extensión; pero no se debe negar que algunas veces, entre las líneas impecables de su retórica y en el polígono de su armonía conceptual, se centra el punto de una verdadera emoción:

*Clavo los ojos con tenaz mirada
en el confín del horizonte. . . ¡Nada!
¡Sólo la albura que precede al día!*

Viene después José Antonio Niño (1887), quien se asoma desde su mirador dieciochesco a los amables retablos de las ciudades pequeñas, cuando no engarza en sonetos de excesiva ornamentación los motivos románticos de su poesía:

*En cada luz crepuscular, la yema
el rosa de los pétalos madura
y revienta el botón en un poema.
Ceñido de bucólica verdura,*

*es el cáliz de nácar el teorema
de toda la rosal nomenclatura.*

La estancia en San Luis hacia el cuarto lustro del siglo actual de Salvador Rueda y Francisco Villaespesa, irremediablemente permitió que estos poetas españoles, con su verbosa exuberancia el primero y con su sentimentalismo fácil el segundo, influyesen de cerca en las bohemias populares, que casi siempre han sido refugios del mal gusto y de la irresponsabilidad literarios. De los potosinos de entonces sólo me he decidido a incluir a Luis Castro y López (1889). Parnasiano y romántico, más de una vez descansó a la sombra del roble diazmironiano, pero su espíritu andariego lo ha llevado en peregrinaciones juglarescas diciendo sus estrofas, en las que lucen con una galantería muy siglo XVIII, las aves y las flores de que el poeta gusta, como el clavel que vió

*en las ferias alegres de España
coronando azabaches y oros
entre espuma ideal de champaña.*

La poesía de Jesús Zavala (1882), es fresca y luminosa y la mejor parte de ella está ubicada en un paisaje natural donde las cosas tienen cierta novedad de estreno. Desde que Enrique González Martínez inició en México la corriente de espiritualismo contra la moda de Rubén Darío — poeta no siempre decorativo y sensual —, los jóvenes de entonces se echaron a buscar el alma de las cosas, aunque pocas veces lograron pasar de la superficie. Zavala participa en esa búsqueda,

pero cuando cree que las cosas van a revelarle su secreto, se detiene asombrado, porque la voz que le parece oír fluye del propio espíritu del poeta, como de oculto manantial:

*Y cuando ya mi cuerpo se rindió a la fatiga,
sentí que de mi alma brotó la voz amiga
¡y me puse extasiado la canción a escuchar!*

Salvador Gallardo (1893), pagó tributo en su juventud al estridentismo; mas, andando el tiempo, no le satisfizo tal escuela, por lo cual desvió su barca rumbo a las ondas del sentimentalismo, y por ellas navega junto a los litorales de la antigua poética:

*. . . en esta hora ansiada y tan temida,
no sé si dar la vida por tenerte,
o bien tener en ti la nueva vida.*

La poesía de Luciano Joubland Rivas (1896) —concluida, al parecer, poco después de su libro *El Alma Trémula*, 1917—, es una red sumergida en los mares del romanticismo, en la que se entretajan algunas hebras de poesía lopezvelardeana. El poeta gusta de los seres y de las cosas familiares, y su espíritu, que oscila como un péndulo entre el idealismo y la realidad, entre la duda y la fe en el amor trascendente, se ve con frecuencia invadido de inquietud místico-erótica:

*Amiga, yo te he visto
cubierta con la túnica de Cristo
pasar como una bella aparición,
a la vez tan divina y tan humana*

*que no he sabido si llarmarte hermana
o rezar a tus pies una oración.*

Antonio Castro Leal (1896), es una voz a la sordina que dice sus escasos, pero finos poemas, en un tono menor de muy buen gusto. Sabio en la poesía de todos los tiempos, es la suya cristal que transparenta una emoción suavemente desbordada, por cuyo prisma se ven las cosas de la naturaleza tocadas de humanidad y se perciben sus matices como al través de una tenue llovizna o de una rumorosa espuma lunar:

*Alamo azul de la noche:
tus manos desconsoladas
empañé con mis suspiros;
en esta noche de gasa
y nácares submarinos
tus manos son mi mortaja.*

Manuel Ramírez Arriaga (1900), levanta las antenas de sus cinco sentidos para captar las sensaciones que le llegan del mundo exterior. Panteísta a la manera de Nervo, ama las cosas por todo lo que tienen de amable y, consciente del sentido vital del hombre, se solaza en la inmersión dentro de ellas y adora a quien para él abrió la rosa del mundo:

*Cuando converja en tu misterio,
tras el fracaso de mi ser,
y yo te cuente de mi viaje
por el exilio del Edén,
no te diré que mis sentidos
fueron un lastre para el bien,*

*sino que en ellos y por ellos
yo prosternado te adoré,
y en un color, y en una forma,
y en un perfume te gocé
y en el regazo siempre tibio
de un dulce cuerpo de mujer. . .*

Poeta de notable aliento lírico, no suele detonar en arranques declamatorios, sino que vierte su emoción en estrofas de temperada musicalidad, que algunas veces, como en su "Semblanza de Padre", lo conduce a cierta nobleza clásica.

La obra de Homero Acosta (1901), se distingue por su espontaneidad y su valentía. Consciente de que la existencia del hombre acaba en el polvo, e influenciado tal vez por Omar Kayam y Rubén Darío, bebe y aconseja beber en los vasos de los sentidos el rojo vino de la vida, y su desesperanza de un futuro más alto lo hace decir:

*Que no te engañe nadie con la promesa vana
de la gloria futura:
la gloria es esta vida.*

Miguel Alvarez Acosta (1907), suele engastar en la música del verso la imagen audaz y colorida de García Lorca, o hundirse en la contemplación de ese mundo pintoresco de la pequeña burguesía provinciana, que tanto amó López Velarde. Mas la imaginación y el temperamento musical de Alvarez Acosta lo han llevado a servirse de la tierra como de vasto esce-

nario cromático, desde el que las voces de su poesía recorren toda la gama de la orquestación sinfónica:

*El hombre terrenal inicia el viaje,
mueve sus licoreras el paisaje,
el tiempo rueda, se aproxima el cielo;
y cuando baja el sueño a su morada,
la flor interminable queda anclada
y un corazón azul levanta el vuelo.*

El desmesurado deseo de originalidad en Juan de Alba (1910), hace que su poesía se vuelva desconcertante. Más que su sistema expresivo, que consiste en la absorción de dos o más palabras en un solo organismo verbal, me parece interesante el mundo surrealista donde se mueve el poeta, y en el que las cosas causan cierta sensación de espanto que hace pensar en la segunda época de Ramón López Velarde:

*La luz de la vela dobla
como si fuese campana.
Dobla pianísima lluvia
misteriosamente larga;
y la sangre dobla inquieta,
como llamando una llama.*

No debe negarse que la obra de Juan de Alba, unas veces extraña, otras irónica y las más absurda, ha marcado una nota personal en nuestro pentagrama poético.

Cercado de las más variadas influencias, Guilebaldo Guillén Zapata (1913), no descubre todavía su

individualidad. Sus mejores páginas son las que hacen recordar a Othón, y sobre todo aquel bello soneto de corte conceptista, donde aletea una angustia desoladora:

*... ante el temor insano de perderte,
pudiérase decir que yo he vivido
en íntimo contacto con la muerte.*

Pedro Rodríguez Zertuche (1913), construye figuras de una original geometría poética o deja oír su voz en disonancias que muy bien se acoplan con su constante incertidumbre y con su creciente soledad:

*Tan solo, tan solo...
yo me voy quedando,
que en mis litorales
la angustia se baña
desnuda y sombría.*

El espíritu de Edmundo Báez (1913), se posa como ave sobre el olmo nobilísimo y siempre verde de los maestros españoles del siglo XVI y desde ahí se eleva, en un vuelo de siglos, hasta encontrar el jardín interior del superrealismo, donde las cosas cobran una hermosura ideal que las desliga de su naturaleza exterior:

*Dentro, muy dentro,
donde se han recluso violetas y lirios
perseguidos por las sombras de la noche,
donde el alba es un ave que viaja en largos trineos
y el sueño es un jardín de nieve y de silencio...*

Con las influencias clásicas plenamente asimiladas y las aportaciones modernas, Báez logra páginas

de línea impecable, en las que aúna concepto y emoción.

Es raro que en lo más valioso de la poesía de Moisés Montes (1913), a pesar de su origen eclesiástico, no flote esa penumbra ni ese polvo con olor a sacristía, tan comunes en los sacerdotes poetas de hoy, sino que allí esplende una alegría pagana, que algunas veces hasta se antoja dionisíaca:

*Las sargas de amatistas
brillaron en los brazos de las ramas
para el baile de otoño;
trigo en trigales, uvas en las parras. . .*

Sobre la arena de su poesía —oriental y occidental—, posa su pie la gracia bíblica, llueve la luz del jaikai o corre el agua de Tagore, cuando esa arena no sube por el viento en espirales garcialorquinas.

Luis Noyola Vázquez (1916), es dueño de un espíritu inquieto y vivaz. Buscador de neologismos, que ensaya con acierto, también gusta de hacer excursiones retrospectivas al conceptismo, del que toma el andamiaje para la construcción de sus poemas. Sorprende el hecho de que este poeta, no obstante su gran inquietud, cumpla su cometido de una manera equilibrada y hasta cerebral, que, sin embargo, no endurece el acento de su voz:

*Retornaré a las horas iniciales,
y en rápida vivencia del pasado,
disuelta sangre y concentradas sales
me dejarán su gusto aciberado:*

*sal del bautismo, sal de lacrimales,
acíbar de lo visto y lo pensado.*

Por el soneto que de él se incluye en esta antología, del cual son los tercetos transcritos, no veo la razón de considerar las "Dos Décimas de Ausencia" como el mejor de sus poemas.

Manuel Calvillo (1918), es autor de una obra completamente nueva, elaborada con las mejores esencias actuales. Su retina poética es una pantalla donde se proyecta el paisaje tropical de Carlos Pelli- cer, y su raíz de hombre se siente a veces sacudida por las conmociones telúricas de Pablo Neruda. Vertical sobre el mundo, cumple en él su destino gustando de encerrar su emoción en un deliberado hermetismo po- ético, si es que no se le escapa por el hilo musical de la voz y nos llega saltando por el tiempo florecido de imá- genes:

*Mas yo sigo en la tierra,
a su desnudo amparo sometido,
cumpliendo esta alegría de esperarte,
¿como el otoño al trigo, inútilmente?*

Como un girasol abierto en el existencialismo es la poesía de José Jayme (1918-1949). Mordido por la angustia en plena juventud, se ve asediado a cada instan- te por la muerte, y no la puramente funcional, sino la muerte orgánica que él siente dentro, desintegrándole los tejidos. Pintor y poeta, recluyóse en una voluntaria separación del mundo, y en ese destierro espiritual plasma su pintura y dice su poesía, y si en aquella son

frecuentes los temas literarios, en ésta lo son los pictóricos, que Jayme dibuja con un escalofriante sentido poético y una helada sensación de muerte:

*Las casas junto a los templos:
gardenias crucificadas,*

*El sueño de los gusanos
hace redonda la seda*

*y en el balcón de la noche
la muerte besa al misterio.*

Félix Dauajare Torres (1920), se internó en sus comienzos en la selva del expresionismo, tras la ruta del uruguayo Julio Herrera y Reissig. Absorto ante "la visión herreriana de la naturaleza", que "rebasaba la de los simbolistas", como lo ha hecho notar Guillermo de Torre¹, Dauajare recargó su obra de imágenes efectistas; pero, en vísperas de pasar aquella experiencia, su lirismo se va depurando hasta lograr que de aquel bagaje decorativo sólo permanezcan los símbolos indispensables para exteriorizar su emoción:

*Sólo dejó en memoria de su fugaz arribo
una lluvia de espigas en mi sedienta mano,
de la reserva intacta de su cabello esquivo.*

Tras de asimilar la música y el color de los romances de García Lorca, José Lastras Ramírez (1920-1948), anduvo en zaga de López Velarde y su ansia de modernidad lo hizo buscar el camino de Pellicer. Más tarde un amor sin fortuna le dictó unos poemas dolorosos, que su hiperestesia no le dio tiempo de ordenar. Es

extraño que su espíritu ensombrecido no concuerde con la luminosidad de su poesía:

*Me extasié con el brillo de sus frutos:
racimos de color cuya primicia
triunfó sobre la diáfana impudicia
de un cielo sin crespones y sin lutos.*

Joaquín Antonio Peñalosa (1922), resucita y propaga en San Luis el paralelismo hebreo y da nueva vida a los moldes de la liturgia católica siguiendo las huellas de Paul Claudel, aunque en sus *Ejercicios para las Bestezuelas de Dios*, se advierte ya cierto señorío del verso castellano. El alma franciscana de Peñalosa pone en los animales y en las cosas de que habla una gracia y una ternura conmovedoras; aquel asnillo pardo de su "Consolación" es heredero, en el cariño del poeta, del amable Platero juanramoniano, y le dicta una de sus mejores páginas:

*Dormido en yerba seca, dejádmelo en la yerba
sin epitafio vano, ni entierro de primera.*

*Que los pájaros verdes que trepaban su cuello
lo miren tan dormido, que lo sigan durmiendo.*

María Amparo Dávila (1923), es en la actualidad la única presencia femenina que en nuestro paisaje lírico va dibujándose cada vez más, con perfiles de angustia:

*Mírame aquí, frente al mar,
mínima y sola,
rodeada de brisas ensombrecidas
y de espumas rotas. . .*

Cierra esta selección José C. Rosas Cansino (1926). Ya es dueño de una voz de fina tesitura, la que, aun con titubeos ideológicos, comienza a verter en un cauce de mayor libertad artística. El poeta interroga, y acaso en su pregunta está explícita una respuesta:

*¿Será que sólo somos
un rumbo entre las horas
por donde pasa leve
la ausencia de las cosas?*

De otros poetas es difícil trazar un comentario, ya que no se sabe los rumbos que su obra, todavía incipiente, haya de tomar.

Es claro que en esta antología no figuran todas las personas que en San Luis y desde 1910 han escrito versos. Para la formación de ella se tuvo a la vista y se estudió una extensa bibliografía, facilitada en su mayor parte por Ramón Alcorta Guerrero; mas la excesiva vulgaridad de algunas, la marcada afectación de otras y el sentimentalismo burgués de las demás, me prohibieron incluir páginas suyas. Tampoco está representada la obra de quienes escriben con un impulso meramente deportivo de la poesía.

¿Tiene la poesía potosina una cualidad distintiva que haga de ella una derivación de la nacional? No creo que la tenga; ni siquiera creo que la necesite. La poesía potosina, como integrante de la mexicana, participa de su solidez interior y de su elegancia externa, y como ella conjuga, con clara conciencia de lo exacto, el fino espíritu romántico y la ceñida expresión clásica.

Y en ese ajuste de valores, en ese equilibrio entre fondo y forma, radican su emoción de corriente remansada y su sobria belleza crespuscular.

¿Que son múltiples las influencias recibidas por los poetas potosinos? Dice André Gide: ... "una influencia no es nunca absolutamente buena o absolutamente mala. Todo depende de quien la recibe." Y añade: ... "abundan naturalezas infelices para quienes todo es infortunio y a quienes todo perjudica. Otras existen para las cuales, al contrario, todo es sano alimento," y afirma categórico: "Nadie puede sustraerse a las diversas influencias. El hombre más hermético las recibe"². Asimiladas o no las que se anotan en los poetas de esta antología, por lo menos han sido inevitables.

No sería aventurado afirmar que durante los últimos diez o quince años se ha venido notando en los poetas españoles y en los hispanoamericanos jóvenes, un saludable retorno a la coherencia y a la armonía poéticas, como puede comprobarse en las buenas antologías; pues sin menospreciar las corrientes irracionalistas, conviene adoptar cierta cautela contra ese mal disimulado gongorismo que data de hace un cuarto de siglo. Ya Juan Ramón Jiménez, el año 37, señalaba la urgencia de que la juventud reaccionara "contra tal estado literario intermedio, ampuloso o ingenioso o barroco, retorno a nuestro teológico XVII de oquedad, aparato y falsía, mezclado con otro estado de incoherente impulso morboso"³, y al hablar de profundidades poéticas cifraba sus preferencias en la pro-

fundidad del sentimiento; y mucho antes Antonio Machado, al oponerse a la estética de Rubén Darío, declaró que la poesía debe consistir, ante todo, en "una honda palpitación del espíritu."⁴

He aquí la clave de nuestro destino poético. Meditemos en el ideal de estos dos grandes poetas españoles, y al internarnos en las páginas de la presente antología, nos sorprenderá gratamente el descubrir que en la poesía potosina contemporánea, bullen y alienan esa profundidad del sentimiento y esa honda palpitación espiritual, que no deben abandonarla nunca.

8 de abril de 1953.

1 Estudio Preliminar de las *Poesías completas* de Julio Herrera y Reissig, Buenos Aires, 1942, p. 33.

2 André Gide, *Los límites del arte*, Traducción de Jaime Torres Bodet, México, 1920, p. 45 y sgte.

3 Prólogo a *La rama viva*, de Francisco Giner de los Ríos, México, 1940, p. 9.

4 Antonio Machado, *Obras*, México, 1940, p. 25.

ALGO SOBRE PEDRO PARAMO

EN LA HISTORIA de la literatura, suele darse el nombre de hitos a las figuras más representativas de los cambios literarios. En la narrativa generada por la Revolución Mexicana de 1910, que prolonga sus páginas hasta nuestros días, podemos considerar como hitos a Mariano Azuela, Martín Luis Guzmán, Agustín Yáñez y, simultáneos casi, a Juan José Arreola y a Juan Rulfo.

Convendría estudiar juntos a los dos últimos por sus semejanzas, pero también por sus diferencias, puesto que ambos están en la misma corriente. Los dos son escritores premiosos y escasos, representados cada uno, en lo fundamental, apenas por un libro de cuentos y por una novela, *Confabulario* y *La feria*, en el caso de Arreola, y *El llano en llamas* y *Pedro Páramo*, en el caso de Rulfo.

Ante la imposibilidad de tal estudio en el breve tiempo de un ensayo, quede pues establecido lo siguiente:

El caso de Juan Rulfo, por el oficio literario y por la longitud de su obra, es análogo al de Arreola, pero

difiere mucho de éste entre otras cosas por la universalización de temas exclusivamente mexicanos. Su obra también está contenida en un libro de cuentos *El llano en llamas*, y en la novela que lleva por nombre *Pedro Páramo*; sobre ésta enfocaremos nuestro análisis.

Lo que a primera vista nos sorprende en *Pedro Páramo*, es la aplicación de la técnica novelística europea del medio siglo al desarrollo de un tema vernáculo nuestro; el tratamiento del asunto en diversos planos, que rompen el hilo discursivo de la novela tradicional, es una novedad en nuestra literatura. Esta diversidad de planos, espaciales y temporales, parece dificultar la comprensión de la obra, pero, esta dificultad es más aparente que real. Hay muchos lectores que se han declarado incapaces de entender este libro; por nuestra parte, debemos declarar que eso no es culpa de la novela; ni es cierto que exista una clave para facilitar su lectura, como en el caso de *Rayuela* de Julio Cortázar.

¿De qué trata *Pedro Páramo*? Simple y llanamente de la vida y de la muerte de una aldea jalisciense, Comala, bajo la férula de un cacique implacable, Pedro Páramo, nombre que da título a la novela; pero hay otros personajes de igual categoría, por ejemplo Juan Preciado, que es el único hijo "legítimo" del cacique y el hilo conductor de la acción.

Ya en el bautizo de los personajes se advierte el talento idiomático del autor, que sabe imponerles

nombres y sobrenombres preciosos: Pedro Páramo, Susana San Juan, Fulgor Cedano, Damiana Cisneros, "El Saltaperico", "El Tilcuate", mas no pierde el tiempo en describirlos físicamente; le basta con sugerirlos y apenas si da de ellos alguna pincelada: el enorme cuerpo de don Pedro, la carne opalescente de Susana, los hijos güeritos de Miguel Páramo, "¡Date de buenas que vas a tener un hijo güerito!", les decía el abogado del cacique a las muchachas engañadas por Miguel, el único hijo reconocido.

Los personajes viven y mueren en un ambiente de pasiones desenfundadas y de primitiva maldad, en donde imperan la codicia, la lujuria, la soberbia, el despojo, el homicidio y hasta el incesto. Podría decirse que el fondo de la novela está constituido por la reversión de los valores morales, y los personajes, entiéndase bien la paradoja, siguen viviendo después de muertos, y en la tumba rememoran el torbellino de su existencia en el mundo de los vivos, y aun difuntos vuelven a cometer el pecado de lascivia en la propia sepultura; recuérdese el macabro ayuntamiento de Juan Preciado con Dorotea "La Cuarraca".

El mundo subterráneo de Juan Rulfo, como su mundo de arriba, está saturado de poesía, poesía cuya sustancia envenenada ejerce en el lector una fascinación peligrosa, como de abismo florecido; sin embargo esta poesía de lo macabro no constituye un hallazgo de Rulfo en nuestras letras; ya Ramón López Velarde oía crujir los esqueletos en parejas, cuando el trueno del temporal estremecía la tierra, en un vértigo de satáni-

cas delicias, y yo me atrevo a señalar la influencia del poeta zacatecano en la novela del escritor jalisciense y espero demostrarla alguna vez con un estudio más amplio.

La estructura de *Pedro Páramo* no me parece absurda como lo creen ciertos comentaristas, sino arbitraria; yo entiendo por absurdo lo que carece de sentido, y por arbitrario entiendo lo que trastrueca un orden establecido, pero con una clara conciencia de la renovación. La novela que comentamos no procede por capítulos, no conserva la unidad de tiempo ni la de espacio, y ni siquiera separa los planos sobre los cuales se desarrolla, como *La muerte de Artemio Cruz*, de Carlos Fuentes, por ejemplo; *Pedro Páramo* es una sucesión de pequeños cuadros yuxtapuestos, con escenas de vida y ficciones de ultratumba, unidas apenas por un pegamento lógico que a mí me parece descubrir en Juan Preciado.

Y llegamos al valor acaso más grande de la obra: el lenguaje. Tiene éste la misma economía verbal, la misma precisión y la misma hermosura del de Juan José Arreola, pero cala mucho más hondo. En Arreola se mira el color de las palabras; en Rulfo se gusta el sabor de los vocablos. No hay ejemplo, en toda nuestra literatura, de un lenguaje más expresivo que el del autor de *Pedro Páramo*.

La única vez que tuve el honor de conversar con el maestro Alfonso Reyes, en la quietud de su biblioteca monumental, me decía el maestro: "Arreola tiene más mano de escritor, Rulfo tiene más garra de escritor."

Esto quiere decir que Arreola es más artista pero Rulfo más genio del lenguaje.

Arranca la novela del viaje que por encargo de su madre moribunda hace Juan Preciado, único hijo legítimo de Pedro Páramo a un lugar de Colima, Comala. En el camino se encuentra con un arriero, Abundio Martínez, uno de tantos hijos naturales de don Pedro y figura clave en el epílogo de la obra.

Entre los poquísimos sentimientos edificantes que campean en la novela, destaca el cariño de Pedro Páramo por su hijo Miguel y por Susana, a la que amó desde niño; con ella jugaba en el campo y hacía volar papalotes cuando el viento era propicio, pero Susana y su padre, Bartolomé San Juan, se largaron de Comala y Pedro permaneció esperándola en su corazón durante treinta años, al cabo de los cuales regresó Susana, mas ya viuda, traumatizada y medio loca. Pedro Páramo la hizo su mujer, pero Susana se pasaba las noches delirando, inmersa en sueños eróticos por el esposo extinto, mientras Pedro en la penumbra, de pie y recargado en un muro, le velaba el sobresalto.

Muertos Miguel y Susana, las flores de sus afectos, el señor de la Media Luna se sentó en un equipal frente a la puerta grande de su casa, a contemplar el camino de Comala, aldea que moría de necesidad.

Una mañana vio venir hacia él a un campesino borracho, Abundio Martínez, su hijo natural y el mismo arriero que aparece al comienzo de la obra. Pedro llama a Damiana Cisneros, el ama de llaves, para que

inquieta por los deseos de aquel hombre. Abundio va a pedir una ayuda para enterrar a su mujer, que está tendida en el patio de su casa; su padre le niega el socorro y entonces Abundio lo cose a puñaladas. Vienen después los gritos de Damiana, la aprehensión de Abundio y la muerte de su padre que en la agonía sigue llamando a Susana, para luego caer y desmoronarse como un montón de piedras.

Concluamos. Por el asunto, la novela *Pedro Páramo* es una escalera que se angosta en espiral descendente, como el infierno de los ardorosos versos florentinos; por ella se baja, pero no se puede subir. "Escalón tras escalón, con nombre de pecado, los habitantes de aquella región bajaron, sin detenerse ni siquiera en el lugar en que una tenue luz brillaba, una luz de esperanza, encendida en la pequeña lámpara del fervor religioso del Padre Rentería, cansado de recoger en sus oídos la más terrible intimidación maligna de los Comalenses, e incapaz de detener su desenfrenado correr hacia la oscuridad"¹. El mismo cura se ve poseído no pocas veces por la codicia y el rencor; por ejemplo, cuando le llevan para los auxilios espirituales el cadáver aún caliente de Miguel Páramo, muerto al caer de su caballo, el Padre Rentería no sólo no lo perdona, sino que lo manda al infierno, aunque después le cambia el itinerario y se contenta con enviarlo al purgatorio, cuando acepta unas monedas de oro que Pedro Páramo le da para su iglesia. Es de justicia reconocer que el Padre Rentería también era hombre y que su hermano fue muerto y su sobrina violada por el hijo del cacique.

Mas si la lectura de esta obra, por la crudeza y el dolor de su asunto, nos deja un sabor amargo, éste se dulcifica y se vuelve deleitoso al conjuro de los valores literarios, que en mi opinión hacen de ella, con el *Confabulario* de Arreola, los dos libros más bellos de nuestra actual narrativa. Cada uno de los lectores tiene sus preferencias; por mi parte, me quedo con *Pedro Páramo*, y concluyo este trabajo con la glosa de unas breves palabras de Jorge Luis Borges, que me parecen adecuadas:

“Hacia 1955 leí, con fascinada angustia, en el crepúsculo de una casa grande que ya no existe, la novela *Pedro Páramo* de Juan Rulfo; por virtud de esta nueva lectura, me ha sido dado revivir, en la primavera de 1965, aquellos deleitables terrores.”

21 de abril de 1965.

1 Héctor Azcoita S., en *Nóema*, Núm. 31, Jalapa, Ver., 1961, p. 7.

LECTURA DE RAMON LOPEZ VELARDE

LA POESIA mexicana moderna comienza con Ramón López Velarde, nacido en Jerez de Zacatecas en 1888 y muerto en la ciudad de México en 1921, a los treinta y tres años de su edad.

Si su biografía personal no presenta relieves de mayor interés, su evolución poética, en cambio, ha dado origen y razón a múltiples y variados estudios, dentro y fuera de nuestro país.

En el poliedro de su poesía, los críticos más serios han destacado dos facetas: la que copia su mundo exterior, su ambiente provinciano, y la que refleja su universo interior, su ámbito espiritual. Por mi parte, considero que ambos elementos, objetivo y subjetivo, se agitan de tal manera en el alma del jerezano, que constituyen una especie de emulsión poética, con mayor o menor dosis, según los casos, de alguno de los dos elementos.

Siendo el mismo poeta siempre, el curso del tiempo da primanza a lo objetivo primero y a lo subjetivo después, y así, de un mundo de color y de feria, que hace pensar en los pintores de la escuela mexicana, se

pasa al universo de las complicaciones psíquicas, por más que el poeta regrese «del íntimo decoro», por propia voluntad, para entonar desde el Valle de México el canto más expresivo a *La suave patria* que, en honor de la verdad, es su obra más conocida, pero la menos auténtica.

Para adentrarnos en este somero estudio de la poesía lopezvelardeana, he seleccionado dos de sus páginas que han de trasladarnos al ambiente de la pequeña burguesía provinciana de principios del siglo, ambiente poblado de tipos pintorescos y de cosas familiares. La primera de estas páginas es el boceto lírico de Águeda Velarde, prima del poeta, quien despertó en él las primeras inquietudes eróticas, al grado de hacerlo hablar solo, cuando se presentaba en la casa del pequeño Ramón, y lucía su belleza de mujer joven, ataviada de lutos inmotivados, que formaban marco a sus verdes ojos de uva y a sus mejillas de manzana en sazón. (*Mi prima Águeda*)

El segundo poema es la evocación, un tanto irónica y amarga, de un baile pueblerino, con sus muchachas ingenuas y su música torpe. En este cuadro comienzan a oscilar los péndulos que más tarde habrían de convertirse en símbolos de la agonía espiritual del poeta. (*Nuestras vidas son péndulos*)

La tan debatida cuestión de las influencias parece haber quedado dilucidada por André Gide en su estudio sobre *Los límites del arte*. Se ha repetido hasta la saciedad que las influencias, cuando son dignas y bien asimiladas, no perjudican y sí favorecen a la poesía.

Pero una cosa es recibir una influencia inevitable, y otra cosa es imitar de manera servil a un autor. Ricardo Wagner decía a sus amigos: «No imitéis a nadie y mucho menos a mí». El consejo de nada les sirvió, porque el wagnerismo causó verdaderos estragos en el gusto musical del siglo XIX. Y no porque Wagner fuese malo, sino porque lo fueron sus prosélitos. Lo mismo pasó en México hace pocos años con la provincia fácil de Ramón López Velarde, que dio pábulo a la formación de una falange de poetas municipales. Lo mismo ha sucedido en España y en América con el populismo de Federico García Lorca, a quien aún hace coro una legión de romanceadores mediocres.

Luis Noyola Vázquez, en su acucioso ensayo sobre las *Fuentes de Fuensanta*, demuestra en forma indubitable la influencia que en su producción inicial recibió nuestro poeta del español Andrés González Blanco. Noyola Vázquez, como Xavier Villaurrutia y Antonio Castro Leal, reconoce también la influencia de Julio Herrera y Reissing, de Uruguay, y la de Leopoldo Lugones, de Argentina, pero niega, como los críticos aludidos, la del colombiano Luis Carlos López en la poesía del de Jerez. Hago mío el juicio de Noyola e ilustro su aserto con la lectura de este poema de López Velarde, que refleja, como muchos de González Blanco, la existencia en el mundo amable de la provincia, más o menos análogo en todas ellas. El asunto se desarrolla precisamente en la ciudad de San Luis Potosí, donde vivió el poeta. (*No me condenes. . .*)

Más tarde la angustia y el espanto, la religiosidad y el erotismo de Charles Baudelaire, habrían de comunicarle una desolación erizada de símbolos; mas la influencia prócer de la Biblia, sobre todo la del Antiguo Testamento, habría de cargar su obra de imágenes preciosas, lo mismo que se carga de frutos un huerto cerrado. Para mí la poesía lopezvelardeña es como un manzano sobre el cual vinieran a posarse las palomas de San Francisco, o bien — en zaga de una imagen suya —, como un ciprés funerario, al que unas manos de mujer hubiesen cubierto de manzanas.

La música, o más bien la antimúsica del verso lopezvelardeano, despierta en el lector o en el oyente cierta desazón inexplicable. ¿Qué secreto fonético, qué misterio lingüístico constituye la fuente de ese desconcierto?

Lo primero que ocurre pensar, cuando se trata de descubrir el fenómeno, es que cambiando los acentos de sus lugares habituales se afloja la música del verso. Pero es el caso que hay versos, muchísimos versos de López Velarde perfectamente bien acentuados, de acuerdo con la preceptiva clásica, que sin embargo resultan antisonoros.

Otra explicación podría fundarse en el abuso de los encabalgamientos. Pero es la cuestión que hay otros poetas, como Juan Ramón Jiménez, que también abusan del encabalgamiento y en quienes, a pesar de ello, no se pierde la sonoridad de la estrofa.

El mismo Lugones, cuya influencia fue definitiva

en el hablar del jerezano y a quien éste rendía culto, al ensayar junto al verso patricio y aristocrático las disonancias silábicas, no renuncia del todo a solazarse debajo de una musicalidad sutilísima, tan cara al *Lunario sentimental*.

Enrique Díez-Canedo, al estudiar a los poetas mexicanos, se sorprendía del verso endecasílabo que en ellos cobra rumor de agua en desliz y matices de perla iluminada, muy distintos de la sonoridad cristalina, metálica, del endecasílabo español, aun en los poetas de tono menor. El crítico citado se proponía penetrar en el fenómeno y dar una explicación de él. Confieso que yo no sé si lo logró.

Mucho antes, Pedro Henríquez Ureña se llenó de asombro al verificar que la obra de don Juan Ruiz de Alarcón en nada se parecía, por cuanto a la factura se refiere, a la de los comediógrafos hispanos del siglo XVII. El crítico dominicano radicó el motivo de esa diferencia en la discreción, en la cortesía, en el «matiz crepuscular» del mexicano, que siempre gusta de la poesía de llave baja. Pero es el caso que Ruiz de Alarcón no era mexicano por la ascendencia ni por la sangre, aunque lo fuera por el nacimiento, por la vecindad y por la formación del espíritu.

Podríamos entonces aventurar aquí, sobre la atonía del poeta que nos ocupa, como lo haremos al hablar de su erotismo, una razón de temperamento, de preferencia por la música vaga, como el vehículo más adecuado para expresar los conflictos de la con-

ciencia y de la subconciencia. Escuchemos la arritmia sugerente, coloquial, de este poema, que abunda, como otros suyos, en alusiones bíblicas. (*A Sara*)

La adjetivación en la poesía de López Velarde es otra de las características que más sorprenden a los estudiosos de su obra. En México, sobre todo a partir de Manuel Gutiérrez Nájera, estábamos acostumbrados a los adjetivos sonoros y brillantes, plenos de música y de color. Pero si Gutiérrez Nájera «afinó la música del verso y encendió el color de las palabras», como lo apunta Castro Leal, López Velarde en cambio, —si prescindimos de *La suave patria*—, parece deleitarse en la actitud contraria, o sea en destemplan las cuerdas de su clave y en apagar la luz de los vocablos. El resultado pudo traducirse en prosificación de la poesía, de lo que libró al zacatecano su indiscutible temperamento poético.

Quienes ejercemos, modestamente si se quiere, el doble oficio de poetas y de prosistas, sabemos que la poesía y la prosa requieren vehículos de expresión muy distintos. Sabemos también que la prosa puede ser poética, pero que la poesía nunca debe ser prosaica. Y esto es lo sorprendente en López Velarde, que la poesía no pierde su encanto, a pesar de la abundancia de adjetivos antipoéticos, muchos de ellos esdrújulos, tomados de disciplinas que, por su propia naturaleza, caen dentro de los dominios de la prosa.

En él, a lo contrario de lo que desea Carlos Pellicer, no van «los claros adjetivos/ecuestres en caballos sustantivos», sino que por estar aquéllos casi siempre

pospuestos, los sustantivos son los que parecen cabalgar a lomos de los adjetivos.

Los sustantivos adjetivados cuando habla de «los párpados narcóticos», de «la música cintura» o del «camino rubí», por ejemplos, que tanto han sorprendido a muchos de sus críticos, no son ningún hallazgo de Ramón López Velarde. Ya en el siglo XVII don Francisco de Quevedo, en un verso divino, habla del «músico silencio», y en otro no menos bello se refiere a los «músicos callados contrapuntos». Ni qué decir de don Luis de Góngora respecto a su habilidad para adjetivar sustantivos.

Pero comprobemos lo dicho acerca de la adjetivación velardeña, en este poema donde el autor canta el regreso a su pueblo y a su casa, dolido en su alma de buen burgués por las huellas del desastre que marcó en ellos el paso de la Revolución. (*El retorno maléfico*).

Cuando comienza a declinar el Modernismo, surge en el mundo del idioma una corriente de espiritualismo contra la estética sensualista de Rubén Darío y de sus acólitos. Poetas como Miguel de Unamuno, Antonio Machado y Juan Ramón Jiménez, en España, vuelven los ojos hacia dentro de sí mismos para descubrir sus paisajes interiores. En México, Enrique González Martínez —al estilo Jalisco—, ordena retorcerle el cuello al cisne modernista. Los españoles se salieron con la suya, pero al de México se le fue de las manos el ave wagneriana. Sin embargo, el doctor González Martínez insiste en dictar normas y en sugerir

fórmulas, más éticas que estéticas, para la construcción de la poesía.

Al imperativo de uno de sus mandatos, los poetas de la generación inmediatamente posterior a la suya, se aplicaron a la tarea de buscar el alma y el sentido de las cosas, pero sólo unos cuantos lograron descubrirlos. Los más se quedaron en la superficie. López Velarde, en cambio, no tuvo necesidad de entregarse a esta búsqueda, ya que las cosas le revelaron generosamente su alma y su sentido. ¡Y vaya sorpresa! El poeta jerezano descubrió que el alma y el sentido de las cosas también pueden ser sensuales en grado máximo. Y así, en lugar de una poesía directa y coloquial, pudo valerse de una poesía de símbolos para expresar con mayor elocuencia sus estados de alma.

En el poema siguiente, uno de los más bellos, se refiere a la soledad ineludible que ha de dejarle la ausencia de su amada, a quien mira alejarse por el río sordo de la muerte, entre un coro de esquilas que doblan solas, mientras él permanece en su arca bíblica, bajo el diluvio implacable, sin esperanza de ver un rayo de sol, porque su corazón ha de romperse la noche cuadragésima. Y para simbolizar su soledad, recurre a los paños de ánimas de las iglesias pobres, a los funerales sin fin bajo la lluvia y a los cipreses conventuales, en una atmósfera de resignado catolicismo. Nunca ningún poeta nuestro pintó la desolación interior con tan inigualado pavor poético. (*Hoy como nunca. . .*)

Aunque parezca contradictorio, el gusto por lo macabro es otro de los grandes valores en la obra de

López Velarde. En la poesía, en el arte de todos los tiempos y de todos los países —con excepciones desde luego—, ha existido siempre una tendencia muy natural en el sentido de ver las cosas sólo por el lado de afuera. Al arte moderno, que se apoya en el psicoanálisis, debemos el acierto de haber penetrado en el meollo de las cosas, para descubrir la raíz del acto creador.

En el capítulo IV, versículo tercero, de la versión española que el padre Scío de San Miguel hizo del *Cantar de los cantares*, el más bello de todos los poemas eróticos, se dice: «Como cacho de granada, así son tus mejillas, sin lo oculto por dentro.» Y en el capítulo VI, versículo sexto, se insiste: «Como corteza de granada, así son tus mejillas, sin lo que en ti está oculto». Estas expresiones, que a primera vista pudieran parecer necedades, son de una profunda penetración psicológica.

Mas para hacer sentir esta especie de calosfrío poético, se necesita un enorme talento, si es que no se tiene la chispa reveladora del genio. Recuerdo el gozoso terror que en mi adolescencia me producía la lectura de algunas páginas de Edgar Allan Poe. De igual manera recuerdo la delicia pavorosa que experimenté al adentrarme en la poesía de López Velarde. Por ella comprendí que la luz que ilumina «el perímetro jovial de las mujeres» proviene de la combustión interior, de las llamas azules del esqueleto. Por ella conocí las dos caras de la belleza: la que nos muestra la vida, oscura

de racimos en plenitud, y la que nos deja ver a la muerte, rodeada de todos sus esplendores.

En el siguiente poema, el autor lanza un reto a esta última, cuyo espanto no lo arredra, y, por lo contrario, lo incita a la posesión de la amada sobre un manto de calaveras, como sobre una ficha de dominó, símbolo también del erotismo, porque las fichas de dominó se traban en el juego. (*Te honro en el espanto...*)

Y suele ser brusco y violento el paso de una forma de la belleza a la otra, como en este poema, en el cual, después de extasiarse en la descripción fina y audaz de los dientes de una mujer, pasa de pronto a imaginarlos en la mueca final de la calavera. (*Tus dientes*)

Acerca del tan traído y llevado erotismo de Ramón López Velarde, se han vertido muchas y encontradas opiniones. Por mi parte, no creo en la timidez sexual originada por una supervirilidad, en el amielismo que algunos le señalan, ni creo en el donjuanismo callejero que le imputan otros. Para mí, la exacerbada deseabilidad de la mujer, es en López Velarde una simple cuestión de temperamento, sin complicaciones freudianas ni manifestaciones patológicas. Puesto ante las «virtudes del mujerío», el hombre normalmente dotado las desea a todas, con mayor o menor vehemencia, siempre y cuando las mujeres tengan algo de deseable, pero a una sola es a quien entrega, en un período determinado, el amor en su acepción integral.

En la poesía del de Jerez, el erotismo constituye uno de sus mayores encantos, y cobra matices de pro-

fundidad y de finura que no se registran en ningún otro poeta nuestro. He aquí uno de tantos poemas suyos de sutil refinamiento erótico, en el cual expresa su deseo de penetrar en el mundo de la novia, de sentir el contacto de sus cosas, de revolver sus papeles, de saturarse de la fragancia de sus ropas y de consumirse en la llama de sus lámparas una vez que la muerte lo haya reducido a cenizas, pues éstas irían en una racha nocturna a visitar el cuarto de la amada, transida de soltería. Actitud del más acendrado erotismo, por más que el poeta trate de encubrir con un velo de castidad este deseo, tan natural y tan masculino. (*Si soltera agonizas. . .*)

Hay otro poema precioso en que el autor, colocado ante las maravillas del mundo y los placeres de la carne, siente arder la juventud como un ejército de hormigas que recorre sus venas. El prejuicio religioso, la certidumbre del infierno, levantan ante el hombre la barrera moral que le impide llegar al pleno disfrute de lo terreno. Pero el poeta salta la barrera, mucho antes que la muerte pueda anquilosar sus miembros, porque después de todo, la boca de una mujer es también un horno, donde la lengua vibra como una llama réproba. Y antes de que la muerte llene de sal los labios adorados, el poeta sería capaz de beber sus dulzores ante las mismas puertas del cementerio. (*Hormigas*)

El ambiente de beatitud, o más bien de beatería, en que transcurrieron la niñez y la adolescencia de Ramón López Velarde, despertaron en él una asiduidad

inevitable a todo lo relacionado con el culto católico. Sin embargo, su vocación de seminarista quedó frustrada por el paso de Fuensanta, quien, como el amor escolar de Francisco González León, dejó sobre la vida del poeta todo su atardecer de novia casta.

Mas no por ello renunció López Velarde al frecuentamiento de las cosas sagradas. Las imágenes y las colgaduras, las estolas y las casullas, las custodias y los vasos rituales, todo lo que la liturgia católica tenía hasta hace poco de opulento y esplendoroso, y que constituía una de sus mejores armas contra la indiferencia de los paganos, no sólo no confinaron al poeta en lo que en asuntos de religión se ha llamado la esfera estética, como en el caso de Amado Nervo, sino que eran para Ramón los símbolos de lo que puede haber más allá de la existencia y en lo cual él mismo creía.

Por eso no fue la suya la hipócrita manía de un iglesiero, que busca y pretende hallar ante los altares el perdón de sus culpas, para seguir pecando fuera y dentro de la iglesia. En López Velarde la contemplación de los objetos litúrgicos y la solemnidad de los ritos, se transmutaron siempre en poesía de las más puras esencias, y si alguna vez, en su peregrinar amoroso, se acercó a ellos con el corazón transido en demanda de consuelo, supo hallarlo como lo halló Lope de Vega, cuando éste hizo un alto en su vida licenciosa para escribir la secuencia de sonetos a Jesucristo, que son lo más hermoso que registra la poesía religiosa de nuestra lengua. Entiéndase bien que hablo de poesía religiosa

y no de poesía mística, la cual tiene una naturaleza muy distinta.

Cristo y Mahoma, religiosidad y erotismo, vida y muerte, integran en la poesía de López Velarde lo que él llamó sus dualidades funestas. El León y la Virgen son las constelaciones yuxtapuestas de su propio Zodíaco. Entre tales elementos contradictorios oscila su alma como un péndulo.

Nutrido en la agonía de Baudelaire, «nunca este poeta — como dice Villaurrutia — está más cerca de la religiosidad que cuando ha tocado el último extremo del erotismo, y nunca está más cerca del erotismo que cuando ha tocado el último extremo de la religiosidad».

Era cristiano, pero no le conformaba el hacer de la vida una larga preparación para la muerte, a cambio de un paraíso sin placeres, sino que hubiera preferido apurar el vino de la existencia hasta las heces; era católico y como tal creía en los misterios de su religión, pero más le hubiera gustado creer en el edén de las hurfes; tenía conciencia cabal de la vida y de la muerte, y por ello hubiera sido capaz de besar los labios de una mujer en los umbrales del cementerio. Amasaba su pan con la harina de los trigales cristianos, pero lo comía con dátiles de la Arabia Feliz, y al agua lustral de su niñez olorosa a sacristía, la sustituyó en su juventud con el mosto de los racimos paganos, como lo dice en el siguiente poema. (*Que sea para bien. . .*)

Y el poeta que en plenitud de vida bebió las mieles mahometanas en los labios de las odaliscas, per-

dida la última de ellas, hubiera sido capaz de ponerse a rezar en el harem vacío, a la hora crepuscular de la vejez, apagado el ardor de su varonía. (*La última odalisca*)

Llegamos a la hoja final de nuestra lectura. En este somero análisis de la obra de un gran poeta, el más hondo y más íntimo, si no el más vigoroso de los nuestros, nos hemos asomado por momentos a su mundo mágico. Desde las ventanas abiertas en el tambor de las cúpulas criollas de su provincia, hemos podido vislumbrar lo que sucede en el interior de su templo. Por medio de los rayos equis de la crítica, hemos pretendido descubrir lo que ocurre debajo de su epidermis. Escuchamos la música desconcertante, casi inaudible, de su verso; percibimos el olor a cera, a eucalipto y a tierra mojada, de sus adjetivos; nos estremecemos con él ante la hermosura de la carne femenina, envueltos en una nube de incienso, y asistimos, con él, al triunfo pavoroso de la muerte, única señora del universo.

Ciertamente, no es éste un poeta fácil, porque para entenderlo, para gozarlo, para sufrirlo, se requiere no sólo de una atenta lectura, sino que es necesario haber padecido o padecer, más o menos, las complicaciones del alma y de la materia.

Al final de su vida, tal vez ya con el presentimiento de la muerte, el poeta hace un balance, o más bien un examen de conciencia, de su paso por el mundo, y no se muestra arrepentido, sino satisfecho «de haber vivido profesando la moral de la simetría» y amando la

belleza en todas sus manifestaciones. Pide a Dios que lo libre de enfermedad larga o deformante, y en un último arranque de erotismo, le pide que le permita morir en el colmenar de una hostería, al compás de una gavota, y asistido por una muchacha que tenga los cabellos de sauce y la piel de fruta y de luz. (*Gavota*)

El año de 1921 murió Ramón López Velarde, y con él murieron la angustia y la esperanza de un poeta y de un hombre. Yo no sé, ni pretendo saber, la transformación que se haya operado en sus despojos; pero sí me parece oportuno transcribir, en el fin de mi charla, estas palabras suyas, que prolongan más allá de la muerte, el erotismo que sacudió toda su vida:

... «somos una pareja perdida en el vacío de la soledad y en el caos del silencio.» «Ya que nos abrazamos en un vaivén de eternidad, en un columpio de tinieblas, sobre un desfiladero de tinieblas, que sea con nosotros el silencio absoluto. Que la paz de las criptas en que duermen las estatuas yacentes, nos invada. Que como en las criptas, se tamice en nosotros la sonrisa de la luz. Y que nuestro beso, como el beso de mármol de las estatuas yacentes, sea insaciable y sin tregua.»*

Enero de 1972.

* Originalmente este trabajo fue presentado como una conferencia, con inclusión de quince poemas completos de López Velarde. Al ofrecerlo hoy en este libro, he considerado prudente suprimir los poemas, a los cuales hago alusión y cuyos títulos remiten al lector interesado al texto de los mismos.

PROLOGO
DE UNA BREVE ANTOLOGIA
DE MANUEL JOSE OTHON

MANUEL JOSÉ OTHÓN, llamado "El Cantor de la Naturaleza", nació en la ciudad de San Luis Potosí el 14 de junio de 1858 y murió en la misma ciudad el 28 de noviembre de 1906, o sea que murió a los 48 años de su edad, en plena madurez de cuerpo y de espíritu.

Su vida fue sencilla y plana, como corresponde a un abogado pacífico que la vivió casi toda ejerciendo las funciones de juez en pueblos de su entidad, de Coahuila y de Durango, salvo uno que otro viaje a la capital de la República, donde se sentía tan a gusto como el pez en el agua, y a donde, sin embargo, no hizo nada por cambiar su domicilio. En efecto, en la ciudad de México nuestro poeta era muy querido y admirado por los mejores exponentes de las letras nacionales. Recuérdese que Salvador Díaz Mirón decía que los dos únicos poetas grandes de México eran él y Othón. Paladinamente, "El Roble Veracruzano" dejaba en el olvido al más alto valor de la poesía mexicana de todos los tiempos: Sor Juana Inés de la Cruz.

En zaga de una idea de Xavier Villaurrutia, diremos que en México casi no hay poetas que resistan la

lectura de su obra completa. Acaso las únicas excepciones son Enrique González Martínez y Ramón López Velarde. Todos los demás, particularmente Manuel José Othón, piden a gritos la antología. Es cierto esto: "El Cantor de la Naturaleza" se salva, y se salva bien, por una media docena de grandes poemas.

Junto con el autor de *Lascas*, el de los *Poemas rústicos* representa, en el movimiento literario del Modernismo, la tradición clásica. Tan sólo en el "Idilio Salvaje" y en un par de sonetos, Othón acusa la influencia de las escuelas europeas de su tiempo.

Como el del veracruzano, el desarrollo del poeta potosino es lento y premioso, y se caracteriza, como el de aquél, por su afán de perfección formal. Si Díaz Mirón solía pasarse toda la noche a caza de un adjetivo, Manuel José Othón confiesa que nunca pudo hacer un soneto en menos de una semana. Mas esto, de lo que se reiría Lope de Vega, no tiene mayor importancia, si consideramos que la obra poética no debe valorarse por la rapidez con que fue escrita.

Su lejanía de las grandes ciudades y su confinamiento en poblados dispersos en el campo, permitieron a Othón el contacto permanente con la naturaleza hasta hacer de ella el tema dominante de su poesía. Pero su naturaleza no es la de los paisajes idílicos y falsos de los poetas bucólicos, ni tampoco la de los panteístas, que se agrupan en tres categorías: la de los que creen que la naturaleza es Dios mismo; la de los que la adoran en su magnificencia, adorándose en

ella, como Amado Nervo, y la de los que la aman hasta en sus más humildes detalles, como Enrique González Martínez. La naturaleza othoniana, en opinión de Antonio Castro Leal, "es el mundo donde vive el poeta, y tiene, en sus fuertes y exactos valores, una implicación humana y una dramaticidad religiosa." Esta religiosidad es la de un poeta cristiano, y más que cristiano, católico, para quien el universo fue creado por un Dios omnipotente y eterno.

Cronológicamente el primero de los grandes poemas othonianos es el "Himno de los bosques". Está ubicado en un paisaje tropical y es la descripción cíclica de lo que acontece en las 24 horas de un día. Después de un breve prólogo, comienza el poema en sí con la huida de las sombras nocturnas y el advenimiento de la madrugada. Sigue, desde luego, la mañana, que permite apreciar todos los detalles del paisaje y se prolonga hasta el medio día. Después viene la siesta cargada de sopores; más tarde los oros y la sangre del ocaso, conturbados por el fragor de una tempestad, y, por último, la vuelta de la noche, "de la noche tristísima y sombría." El poema está estructurado en versos endecasílabos que se agrupan en estancias.

El paisaje que describen es preciso y armonioso. Recuerdo que el ya difunto muralista Fernando Leal opinaba que los paisajes de Othón eran como transmutaciones poéticas de los cuadros de José María Velasco, "El Pintor del Valle de México". Por su parte, María del Carmen Millán se complace en exaltar lo que llama "el paisaje sinfónico de Manuel José

Othón." A mí me parece que abusar del instrumento crítico de una de las bellas artes para juzgar otra, no pasa de ser un virtuosismo más o menos carente de rigor, aunque de todas maneras útil para entender en forma cabal una obra de arte.

Viene en seguida la "Noche rústica de Walpurgis", que es un trasunto de las fiestas dedicadas a Santa Walpurgis, nacida en Inglaterra en el siglo VIII y llamada a Alemania por San Bonifacio, Arzobispo de Maguncia, para que lo ayudase en sus empresas de evangelización. El sepulcro de Santa Walpurgis atraía numerosos peregrinos, y como su fiesta era celebrada el 10. de mayo, día famoso por el recuerdo de las fiestas paganas, la noche de Walpurgis, según las leyendas populares, era aquella en que las hechiceras y los demonios se reunían en el Brocken, lugar de Alemania que tiene un paisaje impresionante. Recuérdese que Manuel José Othón era de ascendencia germana, aunque un tanto remota. El poema está escrito en 22 sonetos, muchos de los cuales no lucen el rigor unitario que exige tal composición poética, y sólo son simples estrofas; pero como su propósito es meramente descriptivo, bien pueden ser absueltos de dicha culpa.

Pasamos ahora a uno de los poemas othonianos que yo considero más hermosos: el "Salmo del fuego". Es la exaltación de este elemento como el don más precioso legado al hombre por el Creador. Pero no es el fuego que destruye y calcina, sino el que vivifica y reconforta. Un jinete solitario va en la alta noche oscura, arrostrando la ventisca helada de la sierra. Tras largo

y fatigoso caminar, llega por fin al rupestre abrigo de un montañés, donde danzan las llamas alegres de una hoguera. El viajero se tiende junto al montañés, y cuando el fuego le ha calentado los huesos, se pierde en la dulzura del sueño hasta la madrugada, en la cual, templado el espíritu y antes de proseguir la marcha, da gracias a Dios por el bien del fuego, con las palabras del salmo, que es algo de lo más bello y uncioso que escribió nuestro poeta. El poema está compuesto en silvas, o sea en estrofas irregulares de versos heptasílabos y endecasílabos.

Aparte de otros valores de este poema se habrán percatado sus lectores de la sonoridad y de la hermosura que adquiere la lengua española en las manos de quien sabe manejarla. Esta virtud de Othón — hay que reconocerlo — hace de él el poeta más castizo de las letras mexicanas.

Y llegamos a su obra maestra: el "Idilio salvaje". Muertos ya los familiares de Othón, aunque vivos algunos de sus parientes, podemos enfrentar con veracidad el conflicto moral que dio pábulo a este poema, acaso el más intenso y desgarrador de toda nuestra poesía. Sabemos que el autor atribuye el asunto a un amigo, el bueno de don Alfonso Toro, para encubrir ante los ojos de doña Josefa Jiménez de Othón los devaneos de su marido. Sabemos también, y ahora ya podemos decirlo, que el personaje femenino del "Idilio" no es la "india brava" que aparece en el mismo, sino una mujer "blanca como la leche y rubia como la miel, que estaba muy cerca de la casa y de la familia política

del poeta." Esta revelación, casi textual, la escuché de labios de don Alfonso Reyes, una tarde que tuve la fortuna de conversar con él en su biblioteca.

Yo no sé — ni me importa saber — si Othón estuvo alguna vez enamorado de su esposa, pero quien sea capaz de leer o de escuchar con atención y sin prejuicios este poema, podrá deducir que no lo estaba tanto cuando lo escribió, puesto que no tuvo uno, sino varios encuentros con la supuesta india brava. Ahora bien, para el hombre moral y cristiano, como lo era Othón, el resultado es el mismo. Si a la traición conyugal se agrega lo que pudiéramos llamar el incesto político, la sanción moral será tremenda. De aquí el remordimiento tan hondo y tan amargo del poeta por su pecado, tal vez el único que cometió.

En cuanto al paisaje desértico, desolado y desolador del "Idilio salvaje", diremos que nada tiene que ver con los paisajes anteriores descritos por Othón, puesto que el de ahora no funciona como paisaje real sino subjetivo, como símbolo que permite al poeta expresar el problema de su alma, con el buen gusto de los modernistas. De no haber sido así, lo más que hubiera salido de la pluma de Othón en este caso, hubiera sido otro "Nocturno a Rosario", y no la estupenda decoración que le sirve de apoyo. El poema, en rigor, consta de siete espléndidos sonetos — a pesar de algunos lunares estilísticos —, más el pegote inicial que explica la dedicatoria a don Alfonso Toro.

Y bien: ¿quedó el poeta humanamente purgado de sus deliquios? Varnos a ver que no. "De buenas in-

tenciones está empedrado el camino del infierno", y a pesar de "la moral dolencia", del "sabor del llanto" y del "horrible disgusto del sí mismo", el llamado de la carne adorada es irreprímible; y a pesar de la pasión que sacudió al poeta hasta la médula de los huesos, hasta los tuétanos del alma, como hubiera dicho Unamuno, hay un soneto posterior al "Idilio", que iba a formar parte de un poema que Othón ya no quiso o ya no pudo escribir. El soneto desoye la inscripción dantesca que el poeta florentino colocó sobre la puerta del infierno: *Lasciate ogni speranza, voi ch'entrate*. — "Perded toda esperanza los que aquí entréis" —. Es, como en el caso de Ausias March en su relación con Teresa Bou, el deseo desesperado de no separarse nunca de la amada, de estar junto a ella por la eternidad, aunque sea en el infierno.

Mas si la ruina moral no siempre apaga los deseos, la ruina física siempre afloja la sangre y hace que el hombre se ocupe de cosas más trascendentes. El año de 1906 murió en la ciudad de México el maestro don Rafael Angel de la Peña, y para que dijera la elegía en el homenaje póstumo que le rindió la Academia de la Lengua, fue invitado el poeta potosino, enfermo de enfisema pulmonar, de otros padecimientos y ya en vísperas de su propia muerte. Con voz apenas audible, Othón leyó la nobilísima "Elegía" que, en opinión de don Jaime Torres Bodet, es el más bello de los poemas othonianos, después del "Idilio salvaje". Está estructurado en tercetos italianos, forma clásica y solemne de la elegía. Arranca con una glosa del romance de Fer-

nando en *La Dorotea*, de Lope de Vega, sigue con la invocación a los desaparecidos que han forjado la latitud, culmina con el apóstrofe al maestro ilustre y finaliza con la reiteración de la glosa inicial.

El 28 de noviembre de 1906 nació para la posteridad, en el altiplano potosino, esta encina solitaria de la poesía mexicana. Poeta sin maestros ni discípulos, nadie antes ni después, cuanto ha descrito la naturaleza, ha tenido el vigor, la exactitud y el señorío de Manuel José Othón. Y aquí concluyen estas palabras, con las que deben ser inscritas en su lápida:

*Yo soy la voz que canta en la profunda
soledad de los montes. . .*

Febrero de 1978.

INDICE

	PÁG.
Jesús Medina Romero	5
P o e s í a	
De <i>El día sonoro</i>	
Balada	9
Nocturno	10
Un poema de otoño	12
Otro poema de otoño	13
De <i>Poemas terrenales</i>	
Dos romances menores	15
Soneto	17
La noria	18
Décimas de los sentidos	19

<i>De Cuatro elegías</i>	
Segunda elegía	23
Tercera elegía	27
<i>De Sonetos de amor integral</i>	
Soneto de la rosa roja	31
Soneto en tono gris	32
Soneto en gualda y verde	33
Soneto de luz y sombra	34
<i>Épica</i>	
Poema en tono mayor al Padre Hidalgo	35
<i>De Del sauce talado</i>	
Retorno	37
Beso total	38
Marcia-Florida	39
Camino de tu ausencia . . .	40
En tierras del insomnio . . .	42
<i>De Orfeo 71</i>	
Estudio	45
Nocturno en una ciudad desconocida	47
Poema de soledad	49

Letanía de los oficios	51
Sobre un texto de Kierkegaard	52
Dorada elegía	54

Poemas no coleccionados

Oración por un maple solitario	57
"Melancolía y misterio de una calle"	60
Londres, 6 P.M.	62
Praga, 6 A.M.	64
Memento de Felipe II	66
"El Papamoscas"	67
Epitafio para Unamuno	69
A lo largo del Duero	70
Aquí Canadá	72

P r o s a

Estampa

La fruta de horno	75
El padre González	78
El fonógrafo	81
El salto	84
La prima Lupe	87
El Viernes Santo	90

<i>Cuento</i>	
El sacristán	93
El dueño de la tierra	98
La muerte del caporal	106
"El Golondrino"	114
<i>Oratoria</i>	
El Día de la Raza	121
En la develación del monumento a Morelos	126
En la develación del monumento a Juárez	131
Año de la Constitución de 1857	138
<i>Crítica</i>	
Prólogo de la <i>Antología de poetas potosinos contemporáneos</i>	143
Algo sobre <i>Pedro Páramo</i>	151
Lectura de Ramón López Velarde	166
Prólogo de una breve antología de Manuel José Othón	181

El Sr. Lic. Alfonso Lastras Ramírez, Rector de la Universidad Autónoma de San Luis Potosí, dispuso la impresión de este libro en los Talleres Gráficos de la Editorial Universitaria Potosina. La Edición estuvo al cuidado de Jesús Medina Romero, fue concluida el 28 de junio de 1991 y consta de 3,000 ejemplares.

COLECCION CACTVS

BREVES ANTOLOGIAS DE ESCRITORES POTOSINOS

Director:

JESUS MEDINA ROMERO

Textos publicados:

- 1 JESUS SILVA HERZOG
- 2 JOAQUIN ANTONIO PEÑALOSA
- 3 MIGUEL ALVAREZ ACOSTA
- 4 JUANA MELENDEZ
- 5 EFREN C. DEL POZO
- 6 RAFAEL MONTEJANO Y AGUIÑAGA
- 7 FRANCISCO PADRON PUYOU
- 8 JESUS MEDINA ROMERO
- 9 FRANCISCO DE LA MAZA

UNIVERSIDAD AUTONOMA DE SAN LUIS POTOSI